



Lope de Vega

# **El robo de Dina**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lope de Vega

## El robo de Dina

Comedia famosa

Personas que hablan en ella

LABÁN.  
ASSUR.  
UN ÁNGEL.  
LEAZAR.  
JACOB.  
LÍA.  
RAQUEL.  
DINA.  
ZELFA.  
SIMEÓN.  
LEVÍ.  
RUBÉN.  
BATO, VILLANO.  
ESAÚ.  
PRÍNCIPE SIQUEN.  
REY EMOR.  
UN SOLDADO.  
FENICIA.  
LISENA.  
ALFEO.  
CRISALDO.  
CINTHIO.  
ISACAR.  
DAN.  
NEPTALÍN.  
MÚSICA.

Acto Primero

Salen LABÁN, ASSUR y criados con lanzas.

ASSUR. Por aquí dicen que van.

¿Si están detrás desta sierra?

LABÁN. Hoy verá el cielo y la tierra  
la venganza de Labán.

ASSUR. Con causa vienes airado.

LABÁN. Por el Dios en quien adoro,  
que he de perder el decoro  
al juramento pasado.

ASSUR. Persíguele y no te aflijas.

LABÁN. ¡Que sin que yo lo supiese,  
Jacob, ingrato, se fuese  
con mi hacienda y con mis hijas,  
entretanto que en la esquila  
me ocupé de mis ganados!

ASSUR. No son mares estos prados  
Con los peligros de Scila.

No lleva lienzo en la entena  
con que ser ave presuma,  
ni va por montes de espuma,  
sino por sendas de arena.

Yo te digo que le halles  
donde de su sangre vil  
dé fuentes y arroyos mil  
a las piedras destes valles.

LABÁN. Grandes engaños ha hecho,  
pero ninguno ha llegado,  
Assur, a haberme robado  
la mejor sangre del pecho.

Siete días ha que voy  
siguiéndole, y siete días,  
años de tristezas mías  
contando y sufriendo estoy.

¡Vive el cielo, que me toca  
satisfacer esta afrenta  
hasta que el alma sangrienta  
vomite su infante boca!

Cansado estoy, y también  
pienso que vendréis cansados:  
si permiten mis cuidados  
que aquestas selvas me den  
esta noche algún descanso...  
retiraos, que aquí me siento.

ASSUR. Parece que coge el viento  
perlas deste arroyo manso  
con que mitiga el calor.

LABÁN. Pues en tanto que las llora  
Assur, la vecina aurora,

deponga el alma el furor,  
descanse un rato la gente.

ASSUR. Ya la voy a recoger  
mientras viene a enrojecer  
febo las nubes de Oriente.

Vase.

LABÁN. Sueño, que a los tristes diste  
si no remedio, consuelo:  
a tu suspensión apelo  
de mi pensamiento triste.

Bien es que alguna templanza  
de la prudencia a la ira,  
pues ya tan cerca se mira  
en celajes de venganza.

Las fuerzas son desiguales:  
sueño, en tus brazos estoy:  
venciste: gracias te doy;  
que suspendiste mis males.

Duérmase.

Dé vuelta un árbol que estará en el teatro, y diga en él un ÁNGEL

ÁNGEL. Oye, Labán.

LABÁN. ¿Quién me nombra?

ÁNGEL. Oye, aunque duermas, Labán.

LABÁN. Más que el sol, tus ojos dan  
rayos, aunque el sueño es sombra.

Mas ¿no me dirás quién eres?

ÁNGEL. El Dios de Jacob.

LABÁN. Señor,  
ya conozco tu valor.

¿Qué me mandas? ¿Qué me quieres?

ÁNGEL. Guárdate de hacelle mal  
y hablalle con aspereza.

Vuelva el árbol como estaba.

LABÁN. Soberana es tu grandeza  
y tu poder celestial.

Despierta.

¿Qué es esto, ¡ay de mí! que he visto?

Aguarda: ya se partió;  
el resplandor que dejó,  
despierto apenas resisto.

¡Gente, Assur, Leazar, amigos!

ASSUR y criados.

ASSUR. ¿Qué voces son estas?

LABÁN. ¡Gente!

ASSUR. Si no es algún accidente,  
cerca están los enemigos.

LABÁN. ¡Ay, Assur, y como en vano

a Jacob vengo siguiendo:  
su Dios he visto durmiendo!

ASSUR. ¿Su Dios?

LABÁN. Su Dios soberano,  
en rayos resplandecientes  
envuelto el divino rostro;  
allí, aunque en sueños me postro,  
alma y sentidos presentes,  
y la causa le pregunto  
de venir a verme airado,  
que fue el haber intentado,  
con el escuadrón que junto,  
seguir a Jacob así;  
que no quiere que le hable  
con aspereza.

ASSUR. Es notable  
su poder.

LABÁN. Pienso que vi  
resplandeciendo los filos  
de su espada en mi garganta.

ASSUR. Si te amenaza y espanta,  
muda en paces los estilos  
de la guerra, o desde aquí  
vuelve a tu casa.

LABÁN. No creo  
que pueda con mi deseo.

ASSUR. ¿Y con la venganza?

LABÁN. Sí.

ASSUR. Pues si pacífico piensas  
hablarle, aquí se te ofrece.

LABÁN. Si su Dios le favorece,  
mal vengaré mis ofensas.

Salen JACOB con LÍA, RAQUEL y DINA, JOSEF niño, LEVÍ, SIMEÓN y BATO.

JACOB. Hijos, Labán es este:  
huir es imposible.

SIMEÓN. Padre amado,  
antes que a vos os cueste  
solo un cabello en este verde prado,  
vuestrós hijos mayores  
de humor sangriento bañarán las flores.

Las espadas y lanzas  
no espanten vuestros años generosos;  
mayores confianzas  
os prometen los cielos, que, piadosos,  
los peligros retiran  
a la futura sucesión que miran.

LABÁN. Templadamente quiero

hablarle como os digo.

ASSUR.

En estas pruebas

ver tu paciencia espero.

LABÁN. Dime, Jacob, ¿por qué cautivas llevas

mis hijas desta suerte,

y tras tanta amistad te vas sin verte?

¿Por qué no me decías

tu partida, Jacob, porque siquiera

a tantas prendas mías

dulces besos de amor y abrazos diera?

Si querías volverte,

dejárame, Jacob, hablarte y verte.

De ti me despidiera:

con fiestas tu camino acompañara;

pero desta manera,

¿a quién no le pesara y se vengara,

pues a tiempo has llegado,

que pudiera de ti quedar vengado?

A tu Dios lo agradece,

que me dijo, durmiendo, no te hablase

cosa que áspera fuese:

en fin, El me estorbó que me vengase;

que vi su diestra fuerte

bañada en sol y en rayos de mi muerte.

Si tanto deseabas

la casa de tus padres, ¿por qué, dime,

a mis dioses me hurtabas,

para que más tu ausencia me lastime?

Aunque cualquiera nieto

es un Dios en mi amor y tu respeto.

JACOB. Labán, no fue mi intento

hacerte ofensa; solo miedo ha sido,

que si a tu pensamiento

llegara mi partida, convencido

del justo amor paterno,

y al llanto filial rendido y tierno,

yo sé que me escondieras

tus hijas y mis hijos; que es disculpa,

si tú la consideras,

que me releva de cualquiera culpa;

el temor, en efeto,

mi justa ausencia remitió al secreto.

Temiendo la violencia,

Labán, con que tus hijas me quitaras,

ejecuté en tu ausencia

mi partida, creyendo que culparas

este temor discreto,

que no la obligación, que no el respeto.

Del hurto que me arguyes  
estoy tan inocente e inculpable,  
que si no restituyes  
mi fama con la prueba, al admirable  
Dios mío harás ofensa,  
porque en ajenos dioses no dispensa.

Busca toda mi gente,  
y aquel que hallares que los tiene, muera.  
que mi lealtad consiente  
que su sangre a tus ídolos prefiera,  
que yo, Labán, no huyo,  
de que te lleves cuanto hallares tuyo.

RAQUEL. ¡Ay de mí! que yo tengo  
los dioses de Labán! Voy a escondellos.

Vase.

LABÁN. Por muchos dioses vengo  
si mis hijas y nietos pongo entre ellos;  
pero a los que prefiero,  
buscar celoso entre tu gente quiero.

Vase.

LÍA. ¿Sabes tú si están seguros  
del hurto nuestros pastores?

BATO. Mucho me pesa que ignores  
que al alma sirven de muros  
la pureza y la ignorancia.

Esos ídolos de oro,  
a gente de más decoro  
les suelen ser de importancia.

La gente que has de culpar  
trata de tanto interés,  
que hasta un Dios, si de oro es,  
no está seguro en su altar.

Acá lo plebeyo, Lía,  
no llega con su gabán  
a los dioses de Labán,  
que otros pensamientos cría.

Eso de hurtar dioses de oro,  
pues ya el dinero lo es,  
es para..., pero después  
te lo diré.

LÍA. Yo no ignoro  
a dónde está la codicia.

BATO. ¿Cuándo un villano torció,  
por los ídolos que hurtó,  
las leyes ni la justicia?

¿Cuándo perdonó al culpado

ni castigó al inocente,  
tuvo sin premio al prudente  
y al ignorante premiado?

¿Cuándo al pueblo miserable  
con desdichas oprimió?

DINA. Bien sé quién los tiene, yo,  
aunque tan seguro hable  
de este engaño el padre mío.

LÍA. Dina, aquí importa callar,  
si alguno puede culpar  
este loco desvarío.

BATO. Calla, aunque eres mujer, Dina,  
y un imposible ha de ser:  
serás Dina en ser mujer,  
más serás de Dina indina.

LABÁN y RAQUEL.

LABÁN. No los hallo.

RAQUEL. Supe yo  
Discretamente escondellos. (Aparte.)

JACOB. Pues ¿por qué causa, Labán,  
viniste en mi seguimiento?

¿Qué has hallado en esta casa?

Ponlo aquí, juzguen los nuestros  
entre los dos, quién de entrambos  
ha cometido algún yerro.

Veinte años te he servido;  
nunca tus ovejas fueron  
estériles, ni comí

de tu ganado un cordero.

Aunque le comiesen lobos,  
nunca el pellejo sangriento  
llegó a tus ojos; que yo  
pagaba con vivo el muerto.

Cualquiera que te faltaba,  
te le pagaba, contento  
de servirte con lealtad,  
que es interés de los buenos.

Velaba el día y la noche,  
al sol, al agua y al hielo,  
huyendo siempre a mis ojos,  
por las vigilias el sueño.

Así te serví veinte años;  
los catorce de ellos fueron  
por tus hijas, y los seis  
a tus ganados atento.

Diez veces, Labán, mudaste  
mis salarios, y sospecho

que a no estar conmigo el Dios  
de Abraham, mi caro abuelo,  
y el temor de Isaac, mi padre,  
tan digno de igual respeto,  
me enviaras pobre y desnudo;  
mas mirando desde el cielo  
mis trabajos y aflicciones,  
se dignó de hablarte en sueños.

LABÁN. Jacob, cuanto miro es mío;  
pues si es mío cuanto veo,  
¿qué daño podré yo hacer  
a mis hijos y a mis nietos?  
Ven y juremos las paces,  
porque de aqueste concierto  
haya testigos.

JACOB. Tú sabes  
las verdades de mi pecho.

Vanse los dos.

SIMEÓN. Mientras que juran los dos,  
recoge, Bato, esa gente.

BATO. La muerte vimos presente,  
si no lo remedia Dios.

A la fe, que ya quería  
coger mi Josef amado,  
porque de todo el ganado  
este cordero tenía.

Mas guardóle el cielo santo  
hoy de su abuelo cruel,  
por cordero de Raquel,  
a quien Jacob quiere tanto.

Yo voy a hacer que recojan  
los pastores los ganados,  
que esparcidos por los prados  
su verde hierba despojan.

En tanto haréis que Rubén  
tenga a punto los camellos.

SIMEÓN. Ya, Bato, los altos cuellos  
entre los robles se ven;

camine y júntese todo,  
pues podemos caminar.

LÍA. No me acabo de admirar,  
Raquel, de que hallases modo  
para poder esconder  
los dioses del padre mío.

RAQUEL. Siempre de la industria fío  
en que es sutil la mujer.

Remedié con esto luego

nuestro daño y su pesar,  
porque es fácil engañar  
un hombre de enojo ciego.

Salgan LABÁN y JACOB.

JACOB. Estas piedras, testigos de estas paces,  
llamaré Galaad.

LABÁN. Y aun este monte,  
a donde mis sospechas satisfaces.

JACOB. Pues ya seguro a caminar disponente.

LABÁN. Con esto quiero que mi cuello enlaces,  
que primero que raye el horizonte  
de oro y purpura el sol, haré que vuelva  
mi armada gente a la vecina selva.

Dame los brazos tú, mi amada Lía,  
primero fruto de mis tiernos años;  
y tú después, querida Raquel mía,  
por quien hice a Jacob tantos engaños,  
sírvele agradecida a su porfía,  
pues le pesó, después de tantos daños  
de tener su esperanza entretenida,  
para tan largo amor tan corta vida.

Vosotros, nietos míos, si yo he sido  
riguroso hasta aquí, fue por gozaros;  
amad a vuestro padre, que ha sufrido  
tal copia de trabajos por guardaros;  
pero va es tiempo, mi Josef querido,  
que lleguen estos labios a besaros;  
que vuestro abuelo a marchitar se atreve  
las rosas de los vuestros en su nieve.

Con vos, dulce Josef, me consolara,  
mas no tiene Raquel otro consuelo;  
las lágrimas que imprimo en vuestra cara,  
nubes serán, no estrellas de su cielo.  
Rey os vea Jacob o con la vara  
del gobierno mayor que tiene el suelo,  
siendo, aunque envidias soliciten daños,  
báculo firme en sus postreros años.

Ya os vuelvo las espaldas, perdonaldas,  
que la misma ternura me atropella;  
¿mas qué importa que os vuelva las espaldas,  
si os dejo el alma y ya me voy sin ella?

Vase.

SIMEÓN. Fuese, y el sol las verdes esmeraldas  
de aquestos prados, de sus rayos sella;  
razón, padre, será que descansemos.

JACOB. ¿Qué descanso ¡ay de mí! tener podremos?  
Siempre fui de mi hermano aborrecido.

Desde que hurté su bendición, me infama:  
vive en Seir, y dicen que ha sabido  
nuestro camino de la inquieta fama,  
criados míos de mi parte han ido  
para saber qué título me llama;  
si soy hermano o enemigo suyo.  
RAQUEL. Campo de penas es el vivir tuyo.

Esto te falta agora.

JACOB. Yo sospecho  
que es el mayor peligro el de mi hermano.

SIMEÓN. Leazar es este.

JACOB. Ya me dice el pecho,  
hijos, que su amistad pretendo en vano.  
Sale LEAZAR, pastor.

LEAZAR. En vano la jornada habemos hecho,  
pues a la espalda de ese monte cano  
hallamos a Esaú, que a sangre y fuego  
viene a inquietar la paz de tu sosiego.

Cuatrocientos soldados, los escudos  
hacen espejos del luciente Febo,  
armados de ira, de piedad desnudos,  
de viejo agravio ejército mancebo;  
las sordas selvas y los valles mudos,  
hablan y escuchan con acento nuevo,  
juzgando por las lanzas de la guerra  
que los árboles andan en su tierra.

En un caballo paseador, overo,  
que de las cinchas comenzaba el paso,  
más pintada la piel que tigre fiero  
e imaginando fuego el campo raso,  
Esaú, con la vara lisonjero  
alzarle pretendiendo a ser Pegaso,  
viene poniendo en vez de crines plumas,  
y juntando centellas con espumas.

Pintarte aquí su declarada furia  
será querer hacer, si el rigor miras,  
afrenta al odio, a la soberbia injuria,  
porque serán menores que sus iras.

JACOB. ¿Que desa suerte aquella sangre injuria  
de nuestro padre Isaac?

SIMEÓN. ¿De qué te admiras?

JACOB. ¿No he de admirarme que en los hombres sabios  
no venzan las edades los agravios?

Parte, Leví, para poner la gente  
en orden, no de guerra, que no es justo,  
mas para que se postre humildemente  
y temple, si es posible. su disgusto.

SIMEÓN. Venid todos conmigo.

DINA. Si presente  
mi humildad, padre, a su rigor injusto  
no se mueve a piedad, no es sangre suya.

SIMEÓN. Di que respete la belleza tuya.

Vanse y queda JACOB solo.

JACOB. Dios de mi padre Abraham,

que me dijiste: a tu tierra  
vuelve, Jacob; que te quiero  
hacer mil bienes en ella;  
para tus misericordias,  
para tu verdad eterna,  
¿qué soy yo, que no soy nada,  
cuando tú cumplirlas quieras?

Con este báculo solo,  
sin otra humana defensa,  
pasé del Jordán las aguas,  
pisé la opuesta ribera.

Con dos escuadrones vuelvo:

líbreme tu mano inmensa  
de la de Esaú, mi hermano,  
y no permitas que pueda  
ensangrentarla en mis hijos;  
mucho su temor altera,  
tú me diste la palabra,  
como de Dios firme y cierta,  
que mi sucesión sería  
más que del mar las arenas.

Pues, señor seguro estoy,  
que no es posible que pueda  
faltar ni volver atrás:

¿qué luz soberana es esta?

Baje de lo alto con la invención del pozo, un ÁNGEL.

¿Quién eres que así te pones  
delante de mi?

ÁNGEL. La prueba  
de estos brazos te dirá,  
si no mi nombre, mis fuerzas.

Luchen los dos.

JACOB. Grandes parecen, señor,  
cuanto las más pequeñas,  
pero no pienso mostrar  
entre tus brazos flaquezas.

ÁNGEL. Valor tienes, y valor  
de varón, que es bien que tenga  
la esperanza, que los justos  
en tan firme blanco emplean;

pero déjame, que ya,  
descompuestas las estrellas,  
hacen lugar a la aurora  
que el cielo y la tierra alegra.

JACOB. no te dejaré, señor,  
si primero no me queda  
tu bendición en los brazos.

ÁNGEL. Tu nombre es bien que me advierta.

JACOB. Jacob.

ÁNGEL. Ya no; que Israel  
es bien que tu nombre sea,  
porque si con Dios tuviste,  
Jacob, tanta fortaleza,  
más la tendrás con los hombres.

JACOB. Conozco la diferencia.  
Mas dime cómo es tu nombre,  
porque este consuelo tenga.

ÁNGEL. ¿Para qué me lo preguntas?

Levántase en alto bendiciéndole.

JACOB. Con tu bendición me dejas;

¡ay, sol divino, no eclipses  
los rayos de tu grandeza  
tan presto, aunque se te oponga  
de mi ser la humilde tierra!

Mas ya coronado de oro  
abre al Oriente las puertas,  
el que agradece a tus manos  
los rayos de tu belleza.

Cara a cara vi al Señor:  
ya la salud que desea  
alcanzó el alma en su vista.

Sale toda la familia de JACOB.

LEVÍ. Antes es bien que lo sepa;  
padre, ya Esaú tu hermano,  
airado viene tan cerca,  
que vuelve el sol de las armas,  
rayos a la vista nuestra.

¿Qué piensas hacer?

JACOB. ¡Ay, hijos!

Que Josef y Raquel tengan  
aquí el último lugar,  
y el primero el vuestro sea.  
Yo delante, siete veces  
adoraré por la tierra  
su rostro.

Sale ESAÚ con algunos soldados.

ESAÚ. Dejad las armas.

SOLDADO. ¿Qué nueva mudanza es esta?

JACOB. Dame tus pies, hermano, si merezco este nombre de ti.

ESAÚ. Con estos brazos,  
el nombre, el alma y el amor te ofrezco.

JACOB. ¿Que merezco de ti tales abrazos?

ESAÚ Yo, Jacob, con los tuyos me enriquezco  
y con estrechos y amorosos lazos  
firmo las amistades en tu pecho,  
que cándido papel el cielo ha hecho.

JACOB. ¿Lloras, señor?

ESAÚ. El tierno sentimiento  
de haberte visto humedeció mis ojos,  
porque después de tanta ausencia siento  
que el alma te ha rendido sus despojos:  
tal vez lágrimas nacen del contento:  
que aunque suelen nacer de los enojos,  
erraron el camino, y la alegría  
le dijo que a su cuenta las quería.

Ya me pesa de haberte perseguido,  
y tu prisión y muerte deseado:  
seas, Jacob, mil veces bien venido.

JACOB. Y tú, Esaú, mil veces bien hallado.

ESAÚ. Porque naciste de mi planta asido,  
fuiste (extraña ocasión) Jacob llamado,  
pronóstico del cielo: que quería  
que me excediese quien después venía.

Mi mayorazgo te vendí, viniendo  
cansado de la caza; aquí no fuiste  
culpado, pues que yo perdí comiendo  
la primogenitura que tuviste:  
si de la hurtada bendición me ofendo,  
ya sabes tú la causa que me diste,  
pues siguiendo el consejo de tu madre,  
engañaste las manos de mi padre.

Mas ya no es tiempo de que en esto hablemos;  
¿quién son aquellas gentes? ¿Por ventura  
tócante a ti?

JACOB. Mis hijos y mujeres  
son los que ves, que el cielo generoso  
los dio a tu siervo humilde: llega, Lía,  
llega, Raquel, y todos humillados,  
hijos, besad los pies de vuestro tío.

ESAÚ. ¡Bendiga el cielo y logre vuestros años,  
hermosa dama! ¿El nombre?

DINA. A tu servicio,  
Dina me llamo y nunca más que ahora,

pues que tus pies mi boca humilde adora.  
ESAÚ. ¡Qué gallardo rapaz! ¿Cómo se llama?

RAQUEL. Josef, señor.

ESAÚ. El cielo le bendiga,  
de sus hermanos el remedio sea,  
y en trono excelso como a rey se vea.

JACOB. Once mis hijos son, y doce espero  
del parto de Raquel que ya se acerca.

ESAÚ. ¿Y qué gente es aquella que desciendo  
abundando de fértiles ganados,  
fingiendo montes y nevando prados?

JACOB. Un presente, señor, que te enviaba  
para que hallase aqueste siervo tuyo  
gracia en tus ojos.

ESAÚ. Tuyo, hermano sea;  
que yo, gracias al cielo, soy muy rico,  
pues halla apenas mi ganado fértil  
hierba en los prados y aguas en los ríos.

JACOB. No importa, hermano, que esto que te ofrezco  
es debido al amor; recibe agora  
parte del bien que recibí del cielo:  
tu rostro vi como deidad divina:  
no me niegues tu paz y tu consuelo.

ESAÚ. Seguramente a donde vas, camina:  
yo quiero acompañarte.

JACOB. Aunque tu celo  
librarme de peligros determina,  
no te podré seguir, y así te ruego  
vayas delante, y mi familia luego.

ESAÚ. Pues quédense contigo mis criados.

JACOB. No es necesario: vuélvete contento,  
porque han de ir poco a poco mis ganados.

ESAÚ. Yo me parto con justo sentimiento.

JACOB. Yo con mis hijos, de tu vista honrados,  
buscaré de mi casa el fundamento.

ESAÚ. Adiós, Jacob.

JACOB. Adiós, hermano mío.

ESAÚ. Eterna paz de nuestro amor confío.  
Vanse.

Sale el príncipe SIQUEN, de caza.

SIQUEN. Aguarda, espera, tente:  
hacia la fuente corre  
así la cierva: el corazón le abrasa:  
ya se baña en la fuente:  
ya el agua la socorre,  
y de la arena al corazón la pasa;  
no fue su ninfa escasa,

que en abundante copia  
de su cristal la ciñe,  
aunque ingrato la tiñe  
por dos heridas de su sangre propia,  
pensando ya las flores  
que se ven en el agua sus colores.

¡Dulce, noble ejercicio,  
digno en real sujeto,  
la caza a toda edad de quien cobarde  
huye el amor, el vicio:  
¡oh príncipe discreto  
el que de vana ociosidad se guarde!  
Aquí, cuando la tarde  
anuncia Venus bella,  
como diamante solo,  
que brilla en aquel polo,  
hasta que vuelva a ser del alba estrella,  
recogida mi gente  
yace a esperar el claro sol ausente.

Mas luego que descende  
la blanca y roja aurora,  
con pies de rosa la celeste grada,  
y en su guedeja tiende  
Febo el laurel que adora,  
de que tiene la frente coronada,  
sale del arco armada  
venablo y jabalina,  
y por la verde selva,  
hasta que él mismo vuelva  
a conducir la estrella vespertina,  
y no permite fiera  
del monte al mar, en prado ni en ribera.

Amor, de quien se queja,  
por tu término injusto,  
la común opinión de los mortales,  
aquí las armas deja;  
que tan honesto gusto  
vence tus bienes y huye de tus males;  
si son tus bienes tales,  
que en males se convierten,  
adoren ignorantes  
tus bárbaros semblantes,  
pues cuando más en tu fortuna acierten,  
no hay a quien no prometa  
trágico fin después de vida inquieta.  
Suenan dentro esquilas de ganados, como que pasan, con ruido de pastores.  
Dentro.

BATO. Rito, por aquí, cachorro;  
rito, manso, por aquí.

Dentro.

RUBÉN. Ataja esotros, Leví.

Dentro.

LEVÍ. Corre tú, Bato.

BATO. Ya corro:  
verá dónde va el manchado;  
yo os voto al sol.

RUBÉN. Corre, Dan.

SIQUEN. ¡Bravo escuadrón! ¿Dónde irán  
tanto camello y ganado?

Estos, forasteros son  
por el traje y por las señas;  
los prados parecen peñas.

BATO. Torna de aquí, Zabulón;  
recógelos, Isacar;  
que va lejos Neptalín.

SIQUEN. No tiene el ganado fin;  
cansado estoy de mirar;  
el dueño debe de ser  
algún rico mayoral.

RUBÉN. Acércalos al canal:  
mira que quieren beber.

Salen RUBÉN y LEVÍ.

RUBÉN. No está lejos la ciudad;  
que ya sus muros se ven.

LEVÍ. ¡Hermosos campos, Rubén!

RUBÉN. En tanta fertilidad  
bien nuestra hacienda medrara.

LEVÍ. Allí he visto un cazador  
con hábito de señor  
y que a mirarnos se para.

SIQUEN. ¡Ah, señores forasteros!  
¿De dónde viene el ganado?

LEVÍ. De Mesopotamia viene,  
y de sus fértiles campos.

SIQUEN. ¿Quién es el dueño?

LEVÍ. Es Jacob,  
hijo de Isaac, más nombrado  
por su abuelo que por él;  
que más de una vez temblaron  
reyes; del fuerte Abraham,  
desde Selín a Damasco.

SIQUEN. ¿Quién sois vosotros?

LEVÍ. Sus hijos,  
que acompañándole vamos.

SIQUEN. ¿Tantos sois?

LEVÍ. Once varones.

SIQUEN. Bendiga el cielo sus años.

LEVÍ. Y una hembra, que pudiera  
ser del sol vivo retrato,  
pues ella le gana en alma  
lo que él le aventaja en rayos.

SIQUEN. ¿Dónde pasa?

LEVÍ. Va a su tierra,  
aunque desta aficionado:  
es ido a hablar a su Rey,  
que quiere comprarle un campo  
donde vivir con sus hijos.

SIQUEN. Las nuevas que me habéis dado  
son para mí las mejores  
que jamás imaginaron  
mi pensamiento y deseo;  
que de huésped tan honrado  
se honrará nuestra ciudad.

RUBÉN. ¿Sois vos de aquí ciudadano?

SIQUEN. Soy el príncipe Siquen.

LEVÍ. ¡Señor!

SIQUEN. Los pies no: los brazos.

LEVÍ. Honráis a los que ya viven  
para ser vuestros criados.

SIQUEN. ¿Con mi padre está Jacob?

LEVÍ. Sí, señor; y concertando  
que le dé tierra en que viva.

Salen BATO y LEAZAR.

BATO. De contento salto y bailo.

LEAZAR. Y yo, ¿cómo te diré  
el regocijo que traigo?

LEVÍ. ¿Qué es esto, Bato?

BATO. A la fe,  
que ya quedan concertados  
para vivir en Siquen  
el rey Emor y mi amo.  
Por este campo que veis,  
donde con árboles altos  
se guarnece aquel arroyo,  
hijo de aquellos peñascos,  
le dio cien corderos tiernos,  
que parecían manchados  
nubes al ponerse el sol,  
con cercos blancos y pardos.  
Ya manda poner las tiendas  
Jacob; ya nosotros vamos

a cortar, con sauces verdes,  
alisos y álamos blancos.  
Ya se humillan los camellos  
al suelo para quitarlos  
los cofres de vuestra hacienda,  
y oprimen la hierba al prado.  
Ya dividen las familias,  
el primer lugar dejando  
a ti, Rubén, los distritos  
de sus estancias en cuadros.  
Ya Simeón, Leví y Judá,  
bueno entre tantos hermanos,  
Isacar y Zabulón,  
hijos de Lía, apartaron  
sitio en que labrar sus casas,  
a los de Bala dejando  
lugar, Dan y Neptalín,  
y a los de Zelfa en un árbol,  
que son Gad y Aser, señalan  
la traza que han de ir labrando.  
De aquella parte, Raquel  
con Josef, el más amado  
de Jacob, como el más tierno,  
ocupa sus blancas manos  
en ir previniendo ropa.  
Todos, en fin, ocupados  
en diferentes oficios,  
y Jacob, piadoso y santo,  
en erigir un altar  
a nuestro Dios soberano,  
está invocando su nombre  
con oloroso holocausto.  
LEVÍ. Señor, con licencia tuya,  
los dos a ayudarle vamos;  
que después habrá ocasión,  
pues ya somos tus vasallos,  
para servirte.  
SIQUEN.                      Quisiera,  
amigos, acompañaros  
a fábricas tan gustosas;  
pero mirad lo que valgo  
para hermano y para amigo,  
porque desde aquí me llamo  
hijo de Jacob también.  
RUBÉN. En todo quieres honrarnos.  
Vanse, y quedan BATO y LEAZAR.  
LEAZAR. Parece que nos reciben

todos con un mismo agrado;  
hasta las flores del prado,  
si las pisamos, reviven.

Las fuentes, en sus corrientes,  
por vernos se dan más prisa,  
tanto, que muestran de risa  
las guijas blancas por dientes.

Aquí sí, Bato, a la fe  
que hemos de vivir con gusto.

BATO. Yo traigo cierto disgusto  
en tanto bien.

LEAZAR. ¿Tú? ¿De qué?

BATO. No es cosa para decir;  
son para sentir no más.

LEAZAR. ¿A mí no me la dirás  
para ayudarte a sentir?

BATO. Tengo cierta enfermedad...

LEAZAR. ¿Enfermedad?

BATO. ¿Quién creyera  
que el buen Bato no comiera?

LEAZAR. No es pequeña si es verdad.

Mas ponte, Bato, en el pecho  
unos ajenjos.

BATO. Si fuera  
mi mal en el cuerpo, hubiera  
algún medio de provecho.

LEAZAR. ¿Pues dónde tienes el mal?

BATO. En el ánimo, de suerte  
que solo podrá la muerte  
sacarme de andar mortal.

LEAZAR. No te entiendo.

BATO. Yo tampoco;  
mas dime, ¿qué puede ser  
un pesar con un placer,  
y un sentido cuerdo y loco?

¡Tengo un alegre dolor,  
tengo un dañoso provecho!

LEAZAR. ¡Pardiez, Bato, que sospecho  
que tienes!...

BATO. ¿Qué tengo?

LEAZAR. Amor.

BATO. ¿Amor?

LEAZAR. Ya no hay que negar.

BATO. ¿Sabes tú a quién quiero?

LEAZAR. ¿Yo?

BATO. Ni yo tampoco.

LEAZAR. ¿Tú no?

¿Pues cómo puedes amar?

BATO. Ese es el daño que tengo:  
quiero bien y no sé a quien.

LEAZAR. Mas que sé que quieres bien  
(si no es que a engañarme vengo)  
a Zelfa la de Raquel.

BATO. El dimuño te lo dijo.

LEAZAR. No, sino tu regocijo.

BATO. ¿Cómo, si es Zelfa cruel?

LEAZAR. Ya viene con Dina aquí.

BATO. ¡Qué gallarda moza es Dina!

LEAZAR. Ya buen marido adivina.

BATO. Noramala para ti.

Salen DINA y ZELFA.

ZELFA. ¿Agrádate la ciudad?

DINA. Bien quisiera entrar en ella.

ZELFA. De muros y puertas bella,  
constituye autoridad.

DINA. Con amor ha recibido  
a mi padre el rey Emor.

ZELFA. Es con el nombre de amor  
el de su rey parecido.

aquí están Bato y Leazar.

DINA. ¿Pues, Bato, ya no te quejas  
de que no hallan las ovejas  
dónde puedan repastar?

BATO. ¿Cómo? Si en aquestos prados  
ha echado su bendición  
el cielo, y en ocasión  
tan fuerte, a nuestros ganados,  
que venían del camino  
perdidos.

DINA. ¿Quién de vosotros  
vio la ciudad?

LEAZAR. En nosotros  
fuera el verla desatino;  
que no podemos dejar  
un solo instante el ganado.

DINA. Mucho me la han alabado;  
esta tarde pienso entrar.

BATO. A lo menos la hermosura  
de sus damas...

LEAZAR. ¿Qué belleza  
formó la naturaleza,  
autora de la pintura,  
que a la tuya se compare?  
Si hermosura quieres ver

a donde todo el poder  
de naturaleza pare,  
haz a tu espejo ciudad  
y pon los ojos en él.

DINA. Deja, Leazar, a Raquel,  
esa divina beldad;

que ya me conozco yo;  
pero con justo deseo  
veré estas damas; que creo  
que el cielo en ellas formó  
una copia natural  
de su divina hermosura,  
fuera de la compostura  
de su traje artificial.

Sin esto alaban también  
sus bailes, música y danzas.  
Tal donaire en las mudanzas  
y en las canciones se ven.

Somos, Leazar, las mujeres  
amigas de ver.

LEAZAR. A fe,  
su condición...

BATO. A la fe,  
que darlas envidia quieres;  
que si vas a la ciudad,  
cierto estoy que sus vecinos,  
viendo tus ojos divinos,  
no ha de quedar voluntad.

Pues si va Zelfa contigo,  
¡ay de los que la han de ver,  
y ay de mí!

ZELFA. Bato, a placer,  
¿pues tú lisonjas conmigo?

DINA. No deben, Zelfa, de ser  
lisonjas, creerle puedes;  
que Bato te tiene amor.

ZELFA. Conozco que amor me tienes,  
pero quien fue de tu padre,  
con esa gloria se quede,  
que yo no quiero casarme.

BATO. Ni yo, mas de que tú pienses  
que es verdadero mi amor,  
ya que mi amor no agradece.

ZELFA. ¿En qué veré yo que es firme?

DINA. ¿Poca prueba te parece  
el amarte aborrecido?

ZELFA. Ahora bien; si tú me quieres

con la lealtad que publicas,  
haz por mí una cosa.

BATO. Advierte  
que no ha de haber imposible  
donde mi verdad no pruebes.

ZELFA. Está detrás destos sauces  
una peregrina fuente,  
que es fama en aquesta tierra  
que hace hermosas las mujeres.

Algunas horas del día  
la guarda una grande sierpe,  
pero otras la deja sola,  
que el sustento la divierte  
por esos peñascos altos,  
que, coronados de nieve,  
templan los rayos del sol,  
que en su plata resplandece.

Si me tienes tanto amor,  
parte, Bato, y trae en breve  
para Dina, mi señora,  
del agua de su corriente;  
que la causa de ser bellas  
y que el Asia las celebre  
las mujeres siquimistas,  
es el agua de la fuente.

BATO. ¿Sierpes dices que hay allí?

ZELFA. Pues bien, ¿qué importa? ¿No tienes  
amor?

BATO. Sí que tengo amor,  
ni quiere amor que le niegue;  
mas de sierpes a esta parte  
suele haber inconvenientes  
donde suele amor helarse,  
como en gustos encenderse.

¿No me pudieras pedir,  
Zelfa, el pájaro celeste,  
de los cabellos del sol,  
de las cabrillas la leche,  
las manguantes de la mar,  
de la luna las crecientes,  
plumas de los cuervos blancos,  
pollos del arabio fénix,  
sino esta agua serpentina?

DINA. Bato, quien ama no teme;  
que cuanto se intenta amando,  
prósperamente sucede:  
camina, que esto es amor.

BATO. Ya voy, mas mira que ruegues  
al cielo, que vuelva vivo:  
escucha, Leazar.

LEAZAR. ¿Qué quieres?

BATO. ¿Sabes algunas palabras  
contra sierpes?

LEAZAR. Cuando llegues  
dile que eres de Jacob.

BATO. ¿Pues conócenle las sierpes?

LEAZAR. ¿Eso dudas?

BATO. ¡Voy temblando!

Que pidan otras mujeres  
dineros, vaya: que en fin  
se los dará quien los tiene,  
pero para estas hermosas,  
¿agua que sierpes defienden?  
¡Yo soy muerto! ¿Cuánto va  
que me zampuza en su vientre?

Vase.

ZELFA. Leazar, para que mejor  
de aqueste necio me vengue,  
ponte detrás de los sauces.

LEAZAR. Voy.

ZELFA. Con el suceso vuelve.

Salen rey EMOR, príncipe SIQUEN, JACOB y sus hijos.

EMOR. Contento quedo, Jacob,  
de, tener tan noble huésped;  
y ojalá que mi ciudad  
tan apacible te fuese,  
que la hicieses propia patria.

JACOB. Hácesme tantas mercedes,  
que si la patria, señor,  
es adonde están los bienes,  
la tuya será la mía.

EMOR. Alégrame hablarte y verte:

¡lindos hijos te dio el cielo!

¡Hermosa familia tienes!

A la fama anticipadas,  
tu vista y la suya vence.

Desde Rubén a Josef  
miro tus hijos, que pueden  
serlo del sol, aunque más  
tu nombre los engrandece.

Mi ciudad y mi palacio  
son tuyos; manda; que puedes  
como mi propia persona.

JACOB. Honrar tus esclavos quieres.

SIQUEN. ¡Qué bella mujer! ¿Quién es  
Habla con LEAZAR.

esta señora?

LEAZAR. ¿No adviertes  
que es también de Jacob hija?

SIQUEN. Tiene tan bellas mujeres.  
que pudiera serlo suya.

LEAZAR. No será justo que emplees  
en aquellas canas blancas  
años, Príncipe, tan verdes.

SIQUEN. ¡Cielos! Desde que mis ojos  
vieron luz, decir no pueden  
que tal belleza miraron.

EMOR. ¿A dónde erigido tienes  
el sacro altar a tu Dios?

JACOB. Al pie de aquestos laureles.

EMOR. Lleg a hacer tu sacrificio  
de la manera que sueles.

SIQUEN. Si yo lo hiciera a algún Dios,  
Dina el del alma merece.

Descúbrese un ara con un corderillo en leña.

JACOB. Dios de mi padre Abraham,  
admite piadosamente,  
mi sacrificio, Señor,  
y el alma en palabras breves.

Baje una nubecilla de arriba, que habrá cuatro cuarterones, y encienda el sacrificio con  
fuego que traiga dentro.

SIQUEN. Mientras estos sacrifican  
al sagrado Dios que tienen,  
yo el alma, a tus ojos, Dina.

EMOR. Jacob, tus pastores vienen:  
descansa.

JACOB. Hablando a mi Dios  
tengo mi descanso siempre.

DINA. ¿Este es Siquen?

LEVÍ. Este es hijo  
del Rey.

SIQUEN. ¡Cielos, socorredme,  
que me llevan unos ojos,  
sin querer, donde ellos quieren!

Vanse, y SIQUEN mirando a DINA, con que se da fin al acto primero.

## Acto Segundo

Salen SIMEÓN, LEVÍ y RUBÉN.

RUBÉN. Notable fiesta.

LEVÍ. Es el día  
en que celebran, Rubén,  
a Astarte los de Siquen.

RUBÉN. Saliendo van a porfía  
del muro de la ciudad  
al campo.

LEVÍ. Su templo tienen  
en él.

SIMEÓN. ¡Qué engañados vienen!  
¡Qué ciega gentilidad!

LEVÍ. Pienso que esta diosa Astarte  
es la diosa del amor.

RUBÉN. En su dórica labor  
halló su término el arte.

¡Qué bellos mármoles parios!  
¡Qué de pórfidos y jaspes!

LEVÍ. No pienso yo que el Hidaspes  
los vio en su margen tan varios.

RUBÉN. ¡Qué bien hechos capiteles  
lustroso bronce remata!

SIMEÓN. Y la cornisa retrata  
armas, trofeos, laureles,  
que a darle tal gracia vienen  
entre las varias molduras.

LEVÍ. ¡Qué bien labradas figuras  
sus intercolumnios tienen!

SIMEÓN. ¡Que adoren estos gentiles  
dioses de bronce y madera!

LEVÍ. Alegre su fiesta viera  
a no estar nuestros rediles  
tan maltratados, Rubén,  
y los ganados expuestos  
a los robos manifiestos  
que por instantes se ven.

Acudir a los pastores  
son para nosotros fiestas.

RUBÉN. Tienes razón: gocen destas  
sus engañados errores:

a nuestros ganados vamos.

SIQUEN. En parte, Leví, me ofenden,  
que coronados descenden  
de laureles y de ramos.

SIQUEN y ALFEO.

ALFEO. Tanto te llevó tras sí,  
príncipe, la bella hija  
de Jacob?

SIQUEN. Ya no hay quien rija  
sin ella la vida en mí;  
ella es el alma que anima  
este sujeto que informa;  
ni hay otra esencia ni forma  
que en esta materia imprima.

Pero tan guardada vive,  
de su padre y sus hermanos,  
que a mis pensamientos vanos  
vana esperanza apercibe.

LEVÍ. Al templo viene Siquen:  
vamos antes que nos vea.

RUBÉN. Notablemente desea  
nuestra amistad.

LEVÍ. Hace, bien;  
que le hemos adornado  
la ciudad.

SIQUEN. La fiesta suena:  
camina; que me da pena.  
La soledad del ganado.

Vanse.

La MÚSICA, y los que puedan, con ramos y guirnaldas y un baile de gitanas.

MÚSICA. En las mañanicas  
del mes de Mayo,  
cantan los ruiseñores,  
retumba el campo.

En las mañanicas,  
como son frescas,  
cubren ruiseñores  
las alamedas.

Ríense las fuentes  
tirando perlas  
a las florecillas  
que están más cerca.

Vístense las plantas  
de varias sedas;  
que sacar colores  
poco les cuesta.

Los campos alegran  
tapetes varios,  
cantan los ruiseñores, etc., etc.

Sale DINA, bizarra, con rebocillo y sombrero de plumas y un velo de plata, y ZELFA.

ZELFA. ¿Agrádante las mujeres?

DINA. Por todo extremo me agradan;

y más aquestas del baile  
con hábito de gitanas.

ZELFA. No tienes tú que envidiar  
cuando les haces ventajas,  
como a la arena la perla,  
como a la tiniebla el alba.

DINA. Lindos trajes me parecen,  
lindos talles, lindas caras,  
lindos movimientos, Zelfa;  
que bien sabes que la gracia  
de la mujer es el aire,  
y aquel compás en que anda  
el movimiento del cuerpo.

ZELFA. Estas mujeres se tratan  
como damas de ciudad.

DINA. Pues yo, Zelfa, no soy dama;  
mi padre y hermanos son  
pastores: ganado guardan.

Lía, mi madre, salía  
al campo en Mesopotamia;  
cuando mi padre Jacob,  
vio a Raquel, iba por agua  
a un pozo que fue testigo  
de sus primeras palabras.

ZELFA. ¿Qué importa, si fue tan bella,  
que solamente en mirarla  
lloró Jacob?

DINA. Fue muy tierno:  
siempre ha tenido esa tacha.

ZELFA. Hablas con celos de Lía.

DINA. Ya sé que fue la estimada  
Raquel, mi tía: ya sé  
lo que mi padre la amaba;  
pero mira que seis hijos  
le ha dado, honor de su casa,  
y Raquel solo a Josef.

ZELFA. Sí; mas del cielo alcanzó  
la bendición de ser fértil;  
que sabes lo que le falta  
pues ya su parto se espera.

DINA. Tiene Jacob muchas canas.

ZELFA. Hay campos, Dina, que valen  
más al tiempo que se acaban,  
que otros que verdes comienzan.

DINA. No lo entiendo.

ZELFA. Oye, que cantan.  
Cantan:

Sale el mayo hermoso  
con los frescos vientos  
que le ha dado marzo  
de céfiros bellos.

Las lluvias de abril  
flores le trujeron:  
púsose guirnalda  
en rojos cabellos.

Los que eran amantes  
amaron de nuevo,  
y los que no amaban  
a buscarlo fueron.

Y luego que vieron  
mañanas de mayo,  
cantan los ruiseñores,  
retumba el campo.

CRISALDO. Llegad todos a la diosa  
y esos ramos ofreced  
para que os haga merced,  
dulce, alegre y amorosa.

Descúbranla en un altar.

FENICIA. Recibe, divina Astarte,  
aqueste ramo de flores.

DINA. ¡Qué disparates!

ZELFA. ¡Qué errores!

FENICIA. Solo quiero suplicarte  
me des un marido tal,  
que no crea lo que viere,  
y a lo que yo le dijere  
dé siempre crédito igual.

No de aquellos sin razón  
que son necios y feroces,  
sino de bronce a mis voces,  
de lana a mi condición.

Mil galas me mande hacer:  
mírese en mí como espejo;  
y no sea mozo ni viejo,  
que es la virtud del querer.

LISENA. Yo, madre del niño Amor,  
estos ramos te presento:  
no tener marido intento,  
sino tener tu favor.

Deseo aumentar mi hacienda:  
enséñame gracias tales,  
que los fríos pedernales  
de mis amantes encienda;  
y muestren tanta porfía

por las gracias que me des,  
que todos, dentro de un mes,  
pasen su casa a la mía.

CRISALDO. Diosa, yo vengo a pedirte  
mujer, pero de tal modo,  
que yo sea el todo, que en todo  
quiero ser tuyo y servirte.

No ha de salir un instante  
de mi voluntad, señora;  
una palabra en un hora  
no ha de hablar, y esa importante.

No ha de picar en discreta,  
porque bachillera es cosa  
terrible, fuerte, enfadosa;  
sino entre simple y sujeta.

Galas, ni por pensamiento,  
porque suelen provocar;  
solamente ha de tratar  
de mi regalo y sustento.

Con verdes años logrados  
quiero que mujer me importe;  
que no hay cuchillo que corte  
con los aceros gastados.

Tú, diosa, sabes qué engaños  
suele un casamiento hacer;  
esto te pido, mujer,  
que no dure muchos años.

CINTHIO, Vejete.

CINTHIO. Diosa de amor, que naciste  
de las espumas del mar,  
a tu templo vuelvo a dar  
los favores que me diste.

Cuelgo las fuerzas aquí,  
que ya servirme no pueden,  
porque para mozos queden,  
pues ya no soy lo que fui.

Cuelgo aquí los verdes años  
y las esperanzas vanas,  
pues no hay en el mundo canas  
que puedan hacer engaños.

Cuelgo los necios favores  
que se llevaron mi edad,  
la espuela y la voluntad,  
los celos y los amores.

Cuelgo mujeres que amadas  
fueron de mí, y sus placeres,  
y aun es bien, pues las mujeres

parecen muy bien colgadas.

Otros gocen de mis gozos:  
ya me despido del verte,  
porque bien sabe la muerte  
cuáles son viejos y mozos.

CRISALDO. Ea, bailad y cantad;  
toca, Lidio, ese instrumento,  
y con el mismo contento  
volvamos a la ciudad.

MÚSICA. En las mañanicas, etc.  
Vanse.

ALFEO. He estado considerando  
que como fuera de ti,  
Siquen, has estado allí  
la forastera mirando.

¿Es esta Dina?

SIQUEN. Sí, Alfeo;  
que con el velo de plata,  
como el sol por nubes, mata  
mi mal guardado deseo.

Sin duda que a ver salió  
las mujeres de Siquen.

ALFEO. Ella te mira también.

SIQUEN. Soy muy diferente yo;  
que ella con los ojos mira  
por vana curiosidad,  
y yo con la voluntad  
que por sus ojos suspira.

ALFEO. Pienso que se quiere ir.

SIQUEN. No del alma adonde está,  
porque primero querrá  
verme por ella morir.

DINA. Ya estoy cansada de ver  
la variedad que se ofrece.

ZELFA. Milagro, Dina, parece,  
siendo, como eres, mujer.

DINA. Volvamos a nuestra casa.

SIQUEN. Señora, un poco esperad;  
que desde aquí a la ciudad  
largo camino se pasa.

En mi carroza podréis  
ir con más descanso y gusto.

DINA. Recibiera, por ser justo,  
ese favor que me hacéis

(¡oh, príncipe, mi señor!),  
si mi estado permitiera  
que de vos le recibiera.

SIQUEN. Vos me hiciérades favor.

DINA. Yo vengo aquí disfrazada;

suplícoos que me dejéis:

mirad que ocasión daréis

para ser vista y notada;

que mi padre no ha sabido

deste atrevimiento.

SIQUEN. Agora

vuestros hermanos, señora,

a sus ganados han ido;

y Jacob no ha de salir

a buscaros cuidadoso.

DINA. Quien es de su honor celoso

mucho suele ver y oír.

No deis causa, por mis ojos,

para que sepan quién soy.

SIQUEN. Vos me dais la que yo os doy,

y ellos me dan más enojos.

Corred a su sol el velo:

dejad que amanezca en mí,

que desde el punto que os vi

soy noche bañada en hielo;

no permitáis que ese cielo

cubra esa nube de plata,

a mi pensamiento ingrata;

que mata con más rigor

quien viene como traidor,

que quien descubierto mata.

¿De qué sirve que penséis

que con tan flaca defensa

podéis dilatar la ofensa

que con ese sol me hacéis?

¿O cómo matar podéis

con las armas encubiertas

y hacer heridas tan ciertas?

Descubridlas, que es razón;

pues será menos traición

si las tenéis descubiertas.

Luego que os vi, mi deseo

salió al paso a mi temor,

porque dijo que mi amor

era digno deste empleo:

no pensé veros: ya os veo:

gozar quiero la ocasión:

pagad mi justa afición;

rey soy, ¿qué podéis perder,

pues reina vendréis a ser

en esta transformación?

Dina hermosa, quered bien  
a un hombre de mi valor,  
pues no hay disculpa en amor  
como el emplearse bien;  
que responder con desdén  
contradice a la belleza  
que os dio naturaleza;  
que la divina hermosura  
ha de producir blancura,  
y la fealdad aspereza.

DINA. Príncipe, mucho me admiro  
que por ligeros antojos,  
oséis hablar a los ojos,  
con que tan cubierto os miro,  
y si de vos me retiro  
con tan poca cortesía,  
no será por culpa mía;  
que es respeto y querer bien,  
ejecutarla con quien  
prueba el alma su hidalguía.

Conozco vuestra grandeza,  
y vos quién soy conocéis,  
y si mayor la tenéis,  
os obliga a más nobleza:  
no tengo por gentileza  
arrojarse por antojos  
a dar a la causa enojos,  
porque no es discreto empleo  
querer que llegue el deseo  
tan presto como los ojos.  
Jacob, nieto de Abraham,  
(que esta tierra el nombre sabe),  
me dio abuelo ilustre y grave:  
ya sabéis que fue Labán;  
y que once hermanos me dan  
tan soberano valor,  
que el respeto del menor  
os puede tener a raya,  
por más que atrevido vaya  
vuestro amor contra su honor.

Dejad, pues, el pensamiento  
desta invención amorosa,  
porque al principio no hay cosa  
rebelde al entendimiento:  
allá trataréis de asiento  
lo que os estuviere bien;

y estad muy cierto que a quien  
todo lo quiere en un día,  
ni es desamor la porfía,  
ni ingratitude el desdén.

SIQUEN. Teneos; que no sabéis  
la fuerza de la hermosura,  
si el espejo no os procura  
desengañar cuando os veis:  
¿con qué esperanza queréis  
que de vos pueda apartarme?

DINA. Con esperanzas de hallarme  
donde pueda defenderme  
de quien viniere a quererme,  
si sois vos, para engañarme.

SIQUEN. Buena esperanza me dais:  
muy bien viviré sin vos.

DINA. Después veremos los dos  
si me agradáis o cansáis.

SIQUEN. No quiero que remitáis  
a otro acuerdo mis enojos:  
hablen aquí mis antojos;  
que si en aquesta conquista  
os pierde el alma de vista,  
¡mal año para mis ojos!

DINA. Ese venga por los míos,  
si vuestras palabras creo.

SIQUEN. Vos haréis que mi deseo  
venga a tales desvaríos,  
que veáis mis ojos ríos  
y toda mi alma fuego.

DINA. Dejad que me vaya os ruego.

SIQUEN. Vos no debéis de saber  
que el amor, después de ver,  
queda para siempre ciego.

DINA. Yo sé que os reportaréis  
y me dejaréis pasar;  
que voy agora a mirar  
las cosas que vos no veis:  
mil hermosuras tenéis  
y las dejáis, mas no fuera  
mi novedad forastera,  
si no os diera más deseo.

SIQUEN. Fuera del cielo, no creo  
que vuestra hermosura viera;

Dios se ha retratado en vos  
con el pincel más sutil.

DINA. Hablad bien; que sois gentil

y no conocéis a Dios.  
SIQUEN. Por vos conozco a los dos,  
y por vos vengo a creer  
que poder que os pudo hacer  
merece ese nombre santo;  
que si no pudiera tanto,  
vos lo pudiéraden ser.

Si os hizo el Dios que tenéis,  
¿por qué mis dioses adoro?  
¿Por qué de Dios no mejoro,  
y quiero el que vos queréis?  
Pues que a Dios (de quien habéis  
tenido el ser que ilustráis)  
de fuerte autorizáis  
y advertís grandeza en él,  
que os he de tener por él  
mientras no me lo mostráis.

Jacob no ha venido aquí  
para amistad de los dos,  
sino a darme un Dios en vos  
viendo que no hay Dios en mí.  
Bárbaro hasta agora fui;  
dadme, señora, ese Dios,  
o diré que tenéis dos;  
que cuando esos ojos veo,  
que tenéis dos dioses creo  
y que está su cielo en vos.

DINA. Príncipe, ya de la gente  
soy notada, como veis:  
después hablarme podéis.

SIQUEN. Detente, ingrata, detente.

ALFEO. ¿Y vuestra crueldad no siente  
que yo también alma tengo?

ZELFA. Sí, mi señor, luego vengo.  
Vanse las dos.

ALFEO. Fuéronse: no hay que esperar.

SIQUEN. Habrá que desesperar,  
pues que la vida entretengo.

¿Por qué las dejé partir?

ALFEO. ¿Cómo excusarlo podías?

SIQUEN. ¿Vanse a casa?

ALFEO. No se van:  
curiosidad las olvida.

¿No ves cómo se entretienen  
en las damas siquimistas?

¿No ves con qué espacio y gusto  
trajes y hermosuras miran?

No te ha tratado muy mal  
para primera visita.

SIQUEN. Eso fuera si mi amor  
y mi loca fantasía  
quisiera, Alfeo, esperar  
los discursos de los días:  
ya sé yo que hay esperanzas,  
favores, papeles, firmas,  
tejas, noches y criadas,  
amistades y visitas;  
mas ya mi amor no es amor.

ALFEO. ¿Pues qué?

SIQUEN. Furia.

ALFEO. No lo digas.

SIQUEN. ¡No puedo más!

ALFEO. ¿Cómo no,  
si tantas razones miras?

SIQUEN. Amor no mira en razón.

ALFEO. Advierte que Dina es hija  
de un hombre como Jacob.

SIQUEN. Y mi amor, sin culpa mía,  
¿no es hijo de su hermosura?

ALFEO. Sus hermanos más estiman  
su honor que tu tierra.

SIQUEN. Advierte  
que en extremo le fastidian  
los consejos a quien ama,  
y más si se determina.

ALFEO. ¿Qué quieres hacer?

SIQUEN. Robarla.

ALFEO. ¿Robarla?

SIQUEN. ¿Es cosa inaudita  
en las historias del mundo?

ALFEO. Lo que tú intentas sería  
afrenta de las historias.

SIQUEN. Necio estás.

ALFEO. Tu amor me incita.

SIQUEN. Historias he visto yo  
que dicen que cierto día  
unas criaturas de Dios,  
que eran la hermosura misma,  
quisieron robar el cielo;  
y otras, que dicen que había  
unos armados gigantes  
que a su esfera se subían  
con una torre de piedra.

ALFEO. ¿Y no dicen que castiga

el cielo a quien se le atreve?  
SIQUEN. Esos gran culpa tenían;  
pero yo, que robar quiero  
una mujer que me anima  
con su hermosura, ¿qué debo  
a los cielos que la crían?  
Cuantas cosas Dios crió,  
son para el hombre: camina;  
que antes que llegue a su casa  
he de llevarla a la mía.

Vanse.

Sale BATO.

BATO. Amor, que en toda tu vida  
diste placer sin pesar,  
¿dónde pensabas llevar  
una esperanza perdida?

Amor, largo en prometer  
y temeroso en cumplir,  
si eres valiente al decir,  
¿por qué cobarde al hacer?

Prometiste locamente  
a Zelfa aquel agua pura,  
aumento de la hermosura,  
si hay agua con que se aumente.

Y agora, que estás mirando  
bullir en céspedes verdes  
su cristal, ¿el valor pierdes  
y estás de llegar temblando?

Pero no falta razón  
si una sierpe la defiende;  
¿qué haré, que Zelfa pretende  
mi desdicha y perdición?

¿Cuánto mejor me sería  
llevar otra agua cualquiera,  
que ser de una sierpe fiera  
sustento mi valentía?

Mas buen ánimo; que amor  
da valor al más cobarde:  
la fuente es esta; ya es tarde;  
quiero llegar con valor.

LEAZAR detrás de los árboles.

Los árboles se menean.

¿Si está aquí la sierpe?

LEAZAR. Sí.

BATO. ¡Habló la sierpe, ay de mí!

¡Que siempre mujeres sean  
las desdichas de los hombres!

¡Tiemblo del cabello al pie!  
Señora sierpe, ¿podré  
llegar?

LEAZAR. Llega y no te asombres.

BATO. Ya entiendo: sin duda intenta  
echarme dentro en llegando.

LEAZAR. Llega. ¿De qué estás temblando?

BATO. Esto no quiere que sienta.

¡Déjeme, por Dios, coger  
del agua de la hermosura!

RUBÉN, SIMEÓN, LEVÍ.

RUBÉN. Más adelante, más pura  
presumo que ha de correr.

LEVÍ. Mientras más vamos buscando  
el origen desta fuente,  
más clara está su corriente  
y más se va dilatando.

¡Grande ventura sería  
ser del ganado capaz,  
y poder traerle en paz  
a su cristal cada día!

BATO. Gente viene ¡qué ventura!  
y la de Jacob parece.

SIMEÓN. Entre estos lirios ofrece  
más claridad y frescura.

LEVÍ. ¡Qué márgenes tan amenas!

RUBÉN. ¡Qué sitio tan delicioso!

SIMEÓN. ¡Qué arroyo tan sonoro!

LEVÍ. Aquí danzan las arenas,  
y les hace el agua el son,  
que contra su natural,  
como las viste cristal,  
presumen que perlas son.

Pero allí se ve un pastor;  
este el principio sabrá  
desta fuente.

RUBÉN. ¡Hola! ¿Quién va?

BATO. ¡Este es Rubén, mi señor!

¿Ya desconocen a Bato?  
¿No me ven?

RUBÉN. ¡Bato! ¿Tú aquí?

BATO. A la fe, mis amos, sí;  
que ya en aventuras trato.

Desvíense, que hay aquí  
una sierpe.

LEVÍ. ¿Sierpe?

BATO. Y tal,

que habla.

LEVÍ.                    ¿Ignorancia igual  
solo pudo hallarse en ti!

BATO.   ¿Luego no saben que es esta  
la fuente de la hermosura?

SIMEÓN. ¿Quién te dijo esa locura?

BATO.   ¿Cómo locura? Con esta  
se hacen hermosas las caras  
de las mujeres, y tiene,  
contra el que por ella viene,  
una sierpe de dos varas  
que la suele defender.

LEVÍ. Sí; pero hablar no es posible.

BATO. Cualquiera mujer terrible  
sierpe se puede volver,  
y hablar, como lo verás,  
con voz clara y temerosa;  
porque es imposible cosa  
que dejen de hablar jamás.

LEVÍ.   Yo, por lo menos, Rubén,  
si es sierpe, haré que responda  
a dos piedras desta honda.

RUBÉN. Lo mismo haré yo también.

LEVÍ.   Pues ya pongo al lazo piedra.

BATO. Y yo, ¡voto al sol!

LEVÍ.                    ¿A dónde  
dices que está?

BATO.                    Aquí responde,  
revuelta en aquella hiedra.

A los estallidos de las piedras, salga LEAZAR.

LEAZAR.   ¿Quedo, paso: no matéis  
vuestro criado Leazar,  
que a Bato vine a burlar!

RUBÉN. ¿Eres Leazar?

LEAZAR.                    ¿No me veis?

BATO.   ¿Luego tú eres la serpiente?

LEAZAR. Dina me mandó burlarte  
porque así quiere quitarte  
el amoroso accidente.

BATO.   ¿Luego aquesta agua no es  
la que aumenta la hermosura?

LEAZAR. No, que burlarte procura.

BATO.   ¿Y no hay sierpe?

LEAZAR.                    ¿No lo ves?

BATO.   Si della no me vengare...

LEAZAR. Medrado hubieras, Leazar,  
si te viniera a acertar;

que no hay trueno que dispare  
rayos, como piedras yo.

BATO. ¡Que Zelfa me burle a mí!  
Déjala estar; y aun de ti  
me he de vengar.

LEAZAR. De mí no;  
que sirvo, y obedecer  
es ley de los que servimos.

LEVÍ. Sabe, Leazar, que venimos  
cuidadosos de saber  
el origen desta fuente;  
que si del monte procede,  
beber el ganado puede  
con canal en su corriente.

Cortad esos fresnos luego,  
y fórmense de tal modo  
que beba el ganado todo  
con mucho gusto y sosiego;  
o para mayor presteza,  
si estáis de segures faltos,  
destos alcornoques altos  
desnudaréis la corteza:  
alto, pues; a la labor.

LEAZAR. Vengan los demás también.

LEVÍ. Llama a esa gente, Rubén.

RUBÉN. Aquí en el mayor calor  
harán siesta los ganados.

BATO. Zelfa, ¿serpientes a mí?  
Déjala venir aquí.

LEAZAR. Deja, Bato, esos cuidados  
y aquestos fresnos derriba.

BATO. Un agua le pienso dar  
con que se venga a mudar  
en sierpe de abajo arriba.

Vanse.

Salen FENICIA y LISENA, ya de damas, y DINA y ZELFA.

LISENA. Descubrid el rostro bien:  
hacednos ese favor.

DINA. ¿Veisme aquí?

FENICIA. ¡Qué resplandor!  
No parece el sol tan bien.

DINA. Queréisme favorecer  
como mujer forastera.

FENICIA. Por ángel decir pudiera  
que vos lo debéis de ser.

DINA. ¿Hay ángeles forasteros?

FENICIA. Si fuera del cielo están,

pienso yo que lo serán.  
DINA. Gran gusto me ha dado el veros:  
¡Qué bien en Siquen vestís!  
¡Qué lindos trajes usáis!  
¿Qué os ponéis? ¿Con qué os laváis,  
que tan gallardas salís?  
Hoy he cobrado afición  
a la gala y policía  
desta ciudad.

LISENA. No podría  
sino vuestra discreción  
honrarnos desta manera;  
pero donde vos estáis,  
envidia a todos dejáis.

DINA. Solo imitaros quisiera:  
muy amiga quiero ser  
de las dos; que más de un día  
en vuestra casa o la mía  
nos hemos de hablar y ver.  
¿Cómo os llamáis?

FENICIA. Yo, Fenicia.

DINA. Fénix sois de la belleza:  
¿vos?

LISENA. Lisena.

DINA. ¡Qué cabeza!  
Bendígaos Dios ¡qué codicia  
me habéis puesto de tocarme  
desta suerte! ¿no sabrás,  
Zelfa?

ZELFA. Tú me enseñarás.  
SIQUEN, ALFEO y cuatro criados.

SIQUEN. Yo tengo de aventurarme.

ALFEO. No será por mi consejo.

SIQUEN. Llegad todos: Dina hermosa,  
y digna de ser esposa  
del sol, que es del tuyo espejo,  
perdona este atrevimiento.

DINA. ¿Qué es esto, Príncipe?

SIQUEN. Advierte  
que amor no teme la muerte;  
robarte y gozarte intento.

DINA. Señor, tú eres rey.

SIQUEN. Dejemos,  
Dina, advertimientos vanos.

DINA. ¿Tú pones en mí las manos?

Jacob...

SIQUEN. Ociosos extremos.

Tómala en brazos, y los otros sacan las espadas.

ZELFA. Yo pienso huir, ¡ay de mí!

FENICIA. Yo lo mismo.

LISENA. Yo también.

DINA. ¡Hermanos, padre!

SIQUEN. ¡Mi bien!

No hay otro bien para mí.

Vanse y salen RUBÉN, SIMEÓN y LEVÍ.

RUBÉN. ¿Está puesta la canal?

LEVÍ. Está firme, y de tal modo,  
que puede el ganado  
todo beber cristal en cristal.

Dentro.

BATO. ¡Rito, acá; cuerpo de lobo!

No le parece al manchado  
que ha de beber, si del prado  
no hace primero algún robo.

¡Rito, acá!

SIMEÓN. Bien van bebiendo:  
bien alcanzan.

BATO. Verá el blanco  
adonde falta el barranco,  
pues a fe que si desciendo...

LEVÍ. No hay cosa para el ganado  
como el agua.

RUBÉN. Y más aquí,  
que ayer seco le temí,  
y hoy baña en charcos el prado.

LEVÍ. Como al cuerpo humano dan  
sustento ramos de venas,  
así por sendas arenas  
venas de agua al prado dan.

En fin, hermanos, así  
el oficio ejercitamos  
de nuestros mayores.

RUBÉN. Vamos  
a jugar un poco allí.

SIMEÓN. ¿Qué juego?

LEVÍ. Tirar la honda  
o el arco.

RUBÉN. Gran tirador  
fue Esaú.

LEVÍ. Fue cazador.

RUBÉN. No hay cosa que corresponda  
al oficio pastoral,  
como cazar fieras y aves.

LEVÍ. Y aun a los príncipes graves,

pastores de más caudal:  
tomad los arcos, y sea  
aquel terebinto el blanco.

RUBÉN. Nuestro padre.

LEVÍ. Suerte en blanco.

Pero ¿qué importa que os vea?

Sale JACOB.

JACOB. Hijos, volverme quiero  
a la ciudad; que ya será acabada  
su fiesta, y el lucero  
saca la frente, en resplandor bañada,  
del sepulcro del día,  
de quien sale también la noche fría:  
voy del agua contento,  
y mucho más de ver vuestro cuidado.

LEVÍ. Pon, Bato, a ese jumento  
que hoy truje al campo, a nuestro padre amado  
un gabán, en que pueda  
ir como Emor en algodón y en seda;  
y lleve dos conejos  
que cene con Josef y con su madre.

JACOB. ¡Qué dicha de los viejos,  
y mía, ser de buenos hijos padre!  
Darte quiero mis brazos.

LEVÍ. No quiero yo más vida que sus lazos.

JACOB. Acuérdaseme agora  
cuando a Labán por mi Raquel servía,  
que desde que el aurora  
coronada de púrpura salía,  
hasta que en cercos de oro  
llevaba el sol al indio su tesoro,  
estaba yo pasando  
las horas que el amor llamaba días,  
y los días contando  
por años en mis dulces fantasías,  
los años por edades;  
así a quien ama afligen soledades.

Si alguna vez venía  
al ganado Raquel, quitaba luego  
de mi pena aquel día,  
y quedaban mis ansias en sosiego;  
parece que la miro,  
y del temor de lo que fue suspiro.  
Suelto el cabello al viento,  
que de una cinta verde coronaba,  
con paso airoso y lento  
la hierba apenas al bajar tocaba;

ni diera en veces tantas  
señal de las sandalias de sus plantas.

¿Pues qué, si algún consuelo  
de sus hermosos labios recibía?  
Parece que del cielo  
bajaba la esperanza y me decía:  
sirve, Jacob, y espera;  
serví, no me engañó, si bien quisiera.

Libre de vuestro tío,  
después del premio en tanto sufrimiento,  
al agua, al sol, al frío.  
vivo en Siquen tan próspero y contento,  
que ya no ven mis ojos  
materia de esperanzas ni de enojos.

El rey Emor me quiere  
como su hermano; el Príncipe su hijo  
por agradarme muere;  
el pueblo, con notable regocijo  
nos desea y recibe:  
¡dichoso aquel que en tal descanso vive!

LEVÍ. Padre, tú lo mereces,  
y el Dios que te llamó Israel, bien sabe  
que amor y fe le ofreces.

JACOB. Hijos, ya cierra con su negra llave  
al sol la noche fría:  
adiós, hasta que vuelva a abrir el día.

RUBÉN. Todos, padre, queremos  
acompañarte hasta el camino.

LEVÍ. Vamos;  
que luego volveremos.

JACOB. Venga Bato conmigo.

BATO. Hoy nos vengamos;  
que el amor ofendido  
busca venganzas y previene olvido.

Vanse y sale DINA, suelto el cabello y maltratado, y SIQUEN.

SIQUEN. Tente y no vayas ansí.

DINA. ¿Pues cómo quieres que vaya?

SIQUEN. Mira, mi bien, que descubres  
mi atrevimiento.

DINA. Mi infamia  
no me ha dado más prudencia.

SIQUEN. Tu hermosura fue la causa;  
no juzgues mi atrevimiento,  
Dina, de honor en la sala;  
que si el honor es jüez  
y es el relator tu fama,  
testigos esos cabellos

y las rosas de tu cara,  
aunque el abogado amor  
traiga las leyes humanas,  
me condenarán a muerte.

DINA. Esa, traidor, te amenaza,  
esa mereces, y yo,  
en esa sala sagrada  
del honor, daré mil voces  
que pasen a las más altas,  
donde el cielo te castigue.

SIQUEN. Mi bien, mi vida, mi alma,  
¡piedad de un hombre que tuvo  
esta loca confianza  
en fe de ser tu marido!

DINA. ¿Qué marido? ¿Tú me tratas  
de amistad eternamente?

Antes con aquesa daga  
dejara que dos mil vidas  
en tus brazos me quitaras.

¿Tú eres noble? No, que a serlo,  
ya que fuera de ti amada,  
conquistaras como noble,  
con tus méritos mi gracia;  
pues discreto es imposible;  
que fue necedad extraña  
el querer la posesión  
primero que la esperanza.

Fue vicio bárbaro en ti,  
de que aquí me desengaña  
tan lastimoso suceso,  
no amor, como tú le llamas.  
Luego no tendrás disculpa  
de tu bárbara arrogancia;  
que fiado en el poder  
has infamado mi casa.

Muchos como tú se fían  
en los padres que los aman,  
y en las repúblicas tienen  
las dignidades más altas.

Mas sucede que una noche  
(sin que se sepa), la espada,  
atravesada, les tiñe  
de sangre y dolor las canas.

SIQUEN. Mi bien, con menos rigor.

Advertid que no se trata  
de esa suerte los maridos;  
de esta violencia no es causa

el poder, sino el amor;  
que si amor nos concertara,  
como vemos cada día  
en muchas mujeres que aman,  
y se rinden a los brazos  
sin que lloren sus desgracias,  
ni llorárades la vuestra  
ni pidiérades venganzas.  
Componed vuestros cabellos;  
vos sois mi esposa y mi alma,  
y mi dueña, y mi señora,  
y mi bien, y mi esperanza.

DINA. Quedo; desviaos de mí;  
que os aborrezco, y me mata  
con veneno vuestra vista,  
y vuestra lengua me cansa.  
Que después de malas obras,  
¿qué importan dulces palabras?  
Yo me voy donde veréis  
qué padres, qué honor, qué casa  
habéis ofendido.

SIQUEN. Creo  
que os habéis de hallar burlada;  
porque si habéis de ser mía,  
¿de qué sirve, Dina ingrata,  
que informéis a vuestro padre  
y a vuestra familia honrada  
tan mal de mi atrevimiento?

DINA. ¿Yo vuestra? Primero caiga  
sobre mí un rayo del cielo.

Vase.

SIQUEN. Aguardad, mi bien, que pasa  
vuestro enojo de razón;  
oíd sola una palabra.

Sale ALFEO.

SIQUEN. ¿Qué es esto?

ALFEO. Que se fue Dina,  
Bien quejosa y mal gozada.

ALFEO. ¿Así la dejaste ir?

SIQUEN. Sus voces fueron la causa.

ALFEO. Ya estarás arrepentido.

SIQUEN. Fuera condición humana,  
a no ser Dina divina,  
y su hermosura y sus gracias.

ALFEO. ¿Ahora la quieres bien?

¿No dicen que amor acaba  
la ejecución del deseo?

SIQUEN. Pues este adelante pasa;  
ni hay regla tan general,  
pues para ejemplo este basta,  
que no padezca excepción;  
de suerte, que si la amaba  
con el primero deseo,  
ahora la fuerza es tanta,  
que estoy muriendo por ella.

ALFEO. ¡Novedad notable!

SIQUEN. ¡Extraña!

ALFEO. Una mujer dando voces,  
suelto el cabello, turbada,  
hechos los ojos dos fuentes,  
y un vivo fuego la cara,  
¿te ha dejado esos deseos?

SIQUEN. Ya te he dicho que me matan,  
y que viviré sin ella  
como la tierra sin agua,  
sin leña el fuego, sin aire  
la respiración humana.

ALFEO. ¿Pues qué has de hacer?

SIQUEN. Darle parte  
al Rey, porque al fin me ama  
como padre, que la pida  
al suyo.

ALFEO. ¿Nobleza tanta  
con un hombre advenedizo?

SIQUEN. Mucho en la tuya te engañas;  
es Jacob hijo de Isaac,  
nieto de Abraham, que canta  
hoy sus historias la aurora  
y el mar en que el sol se baña;  
ven conmigo, que no puedo  
vivir sin verla ni hablarla.

ALFEO. No he visto gozado amor  
sin que tenga a las espaldas  
arrepentimiento y pena.

SIQUEN. Pues este tiene esperanzas;  
que la belleza de Dina  
es sello eterno en el alma.

Sale JACOB.

JACOB. Si para tu alabanza  
tuviera, autor del día,  
más lenguas que la mar arenas tiene,  
o más luces que alcanza  
a ver la noche fría,  
y el pavimento celestial contiene

que tu mano sostiene,  
quedará en ella corto,  
al fin como ignorante,  
que de tu luz delante,  
el ángel mudo, el querubín absorto,  
en éxtasis admiran  
la inmensidad que en tus grandezas miran.

En tanto que el luciente  
y coronado Apolo,  
desde las puertas de la blanca aurora,  
caminare al Poniente,  
y el antártico polo  
viere la luz con que sus Indias dora,  
y en tanto que decora  
el Líbano frondoso  
de victoriosa palma,  
sus extremos mi alma,  
te llamaré, Señor, padre piadoso,  
criador de cuanto encierra  
el cielo, el aire, el mar, la humilde tierra.

Por ti vive en su esfera,  
Jehová santo y divino,  
cuanto con alma de crecer criaste;  
de ti, Señor, espera  
la luz que siempre vino  
de aquella luz con que la luz formaste.  
El cielo, azul engaste  
del sol, y su hermosura,  
los espíritus bellos  
sobre cuyos cabellos  
pones la planta soberana y pura;  
el hombre, el pez, el ave,  
todo vive por ti, todo te alabe.

Entre ZELFA con BATO.

ZELFA. Déjame, necio, si quieres.

BATO. No quisiera yo ser necio;  
pero advierte que el desprecio  
hace feas las mujeres.

ZELFA. Yo lo quiero estar, y ser  
quien te desprecie.

BATO. ¿A qué efeto  
me pusiste en tanto aprieto?

ZELFA. A efeto de ser mujer.

BATO. Con eso te has disculpado;  
mas mira que traigo aquí  
aquel agua por que fui.

ZELFA. Ya tengo la que me ha dado

una desdicha, de suerte  
que ha de lavar en dolor  
mi rostro.

BATO.                    ¡Bravo rigor!

ZELFA. Piadosa fuera la muerte.

BATO. Mira, Zelfa, que maté  
la sierpe, y que no es razón  
pagar tan mal mi afición.

ZELFA. Suelta...

BATO.                    ¿Qué tienes?

ZELFA.                    No sé.

JACOB. ¿Qué es eso, Zelfa?

BATO.                    Aquí estaba  
mi amo; huyendo me voy:  
desdichado amante soy:  
mejor sin amor me hallaba.

JACOB. ¿Dónde está Dina?

ZELFA.                    Señor,  
salió al campo a ver las fiestas.

JACOB. Jornadas son poco honestas  
para quien profesa honor.

¿Cómo no ha vuelto?

ZELFA.                    No sé.

JACOB. ¿Quién iba con ella?

ZELFA.                    Yo.

JACOB. ¿Pues a dónde se quedó?

ZELFA. Con dos damas la dejé  
con quien amistad hacía,  
y con ellas se vendrá.

Sale DINA.

Mas vesla aquí.

DINA.                    Llegó ya  
la infamia y la muerte mía.

JACOB. Dina, ¿qué es esto? ¿qué traje  
de dolor te adorna y viste,  
duro espectáculo triste  
de tu pena y de mi ultraje?

Mas saberlo no querría,  
que indicios de tu dolor,  
es fuerza en todo rigor  
que sean de afrenta mía.

¿Tú los cabellos revueltos,  
Dina, y los hermosos ojos,  
para mí graves enojos,  
en amargo llanto envueltos?

¿Tú maltratada? ¡Ay de mí!  
Si es disgusto con tu madre,

Yo soy tu amoroso padre:  
habla y la ocasión me di.  
¿Cuál de tus necios hermanos  
te la ha dado deste modo?  
Ea, pues, dímelo todo:  
muestra esas hermosas manos.

¿Lloras y las besas? Mira  
que hablas más que yo quisiera,  
porque hablar de esa manera  
dice más, y más admira,  
y pues de la voz es mengua  
no declarar tus enojos,  
callen un rato los ojos,  
y da licencia a la lengua.

DINA. Padre, si llamarte padre  
puede ya quien mejor fuera  
que no tuviera este ser  
de tu virtud y nobleza;  
aunque si lo miro bien,  
ahora es razón que pueda  
llamarte padre quien viene  
para que su padre seas.

No fuiste padre hasta agora:  
ahora, padre, me engendras:  
ahora soy hija tuya,  
aunque causa de tu ofensa.

Mi culpa es grave, no es toda:  
mil veces te llamo padre,  
porque el nombre te enterezca,  
pues es palabra que obliga  
a las entrañas más fieras.

Padre, en fin, yo soy tu hija  
Dina, aunque indigna que tenga  
tal nombre, por quien hoy pierdes  
la dignidad que profesas.

Mi culpa, la parte della,  
es haber curiosamente  
solicitado tu afrenta.

Las mujeres de Siquen  
tienen fama en esta tierra  
de hermosura y bizarría;  
quise verlas, salí a verlas.

Honestamente ocupé,  
padre, los ojos, que apenas  
por las márgenes de un velo  
dejó asomar la vergüenza.  
Sabe Dios que un pensamiento

(que esto quiero que me creas)  
no excedió, con ser tan fácil,  
de mi castidad la esfera.  
Hablando, pues, con las damas,  
las fénix de aquestas fiestas,  
cuya hermosura y donaire  
andaban en competencia,  
llegó el Príncipe: no es justo  
que este nombre le conceda:  
llegó el fin de nuestro honor,  
y el principio de tu pena.  
Llegó Siquen, y tratando  
tu valor con la insolencia  
que los mozos poderosos,  
donde la razón es fuerza,  
donde la ley es la espada,  
la cortesía la tema,  
su Dios el vicio, y al fin,  
la justicia el no temerla:  
y disculpando su infamia  
con amor, que es la cubierta  
de los vicios de los hombres,  
como si amor ser pudiera  
aquella planta que al alba  
con verdes hojas comienza,  
florece al medio del día,  
da fértil fruto a la siesta,  
y desmayando las hojas  
yace marchita en la tierra  
luego que se parte el sol  
y suceden las estrellas.  
Yo respondí que mirase  
la calidad de tus prendas,  
y el ser huésped, privilegio  
que los bárbaros respetan.  
Mas remitiendo a los brazos  
la razón y la respuesta,  
y los demás a las armas,  
a sus palacios me llevan.  
Contarte, amoroso padre,  
qué llanto, qué resistencia  
acompañaron mi honor  
hasta el fin de su tragedia,  
era decirte lo mismo  
que imaginaran las piedras  
si Dios les diera aquella alma  
donde el honor se aposenta.

No fue de provecho el llanto,  
porque mis lágrimas eran,  
en la fragua de su amor,  
el agua para encenderla.  
La resistencia era mía;  
que la mujeril flaqueza,  
¿qué valor puede tener  
que del hombre la defienda?  
Leones sujeta el hombre,  
tigres amansa; mas piensa  
que no fue en mí con industria,  
sino con fuerza y soberbia.  
Mil veces quise matarme  
con las manos, si quisieran  
que a la garganta llegaran  
a ser diez dagas sangrientas.  
Solamente a los cabellos  
me dio, aunque tarde, licencia,  
porque la ocasión gozada,  
¿qué se le da que los pierda?  
Dellos la tierra sembré:  
¡ojalá que fueran hierbas,  
porque nacieran testigos  
de mi verdad y su ofensa!  
Luego, con dulces palabras,  
aplacar mi enojo intenta,  
¡como si a tan malas obras  
pudieran bastar cautelas!  
Amenacéle contigo;  
pero ¿quién duda que crea  
que no hay vara que el poder  
o no la rompa o la tuerza?  
También de mis once hermanos,  
que como ve que profesan  
más que la espada el cayado,  
más que la corte la aldea,  
de mí, de ti y dellos, padre,  
se burló, como si fuera  
la venganza desigual  
a la corona y las letras.  
Siete años viste a Raquel  
en los prados y las selvas,  
y jamás tu amor llegó  
más que a una palabra tierna.  
¿Cómo este bárbaro quiere,  
que dentro de un hora quepan  
las palabras y las obras,

los brazos y las ternezas?  
Nieto de Abraham naciste;  
tu honor y mi afrenta venga,  
si no en Siquen, en mi sangre,  
para que la tengas buena.  
No haré yo falta a tu amor,  
pues tantos hijos te quedan,  
antes te daré veneno  
cuando sin honra me veas.

JACOB. Dina, en desconsuelo tanto,  
que llega el daño al honor,  
forme la voz el dolor  
y las palabras el llanto.

No te puedo encarecer  
qué sentimiento es el mío,  
porque fuera desvarío  
quererle dar a entender.

Y aunque el verte disculpada  
me pudiera consolar,  
la causa debo culpar,  
y en la causa estás culpada.

El salir fue tu deshonra,  
pues bien sabes que, por ver,  
la más honesta mujer  
corre peligro en la honra.

No hubiera casos tan feos  
y excusara mil enojos,  
nacer la mujer sin ojos  
y los hombres sin deseos.

Fuiste a ver, sin acordarte  
que allá te habían de ver;  
como si pudiera ser  
querer mirar sin mirarte.

No te libras del engaño  
ni excusas de la traición,  
porque quien da la ocasión,  
ese es la causa del daño.

Y del tuyo no te asombres  
si fuiste a ver las mujeres,  
sin mirar que, si lo eres,  
te habían de ver los hombres.

No disculpo al agresor  
de, aqueste infame delito;  
pero en parte lo permito  
que ponga la culpa amor.

Que puesto que al que le trata  
como bárbaro condeno,

tal vez amor es veneno  
que en el mismo instante mata.

Lo que habemos de hacer deajo  
para más pensado aviso,  
porque ofensas de improviso  
quieren despacio el consejo.

Venganza pide el honor;  
mas no con fuerzas tiranas;  
que no juzgan bien las canas  
en los delitos de amor.

En el campo agora están  
tus hermanos; valor tienen:  
disimula mientras vienen  
y algún consejo me dan;

que aunque soy, Dina, virtud  
que a aquellas, partes dio vida,  
soy ya virtud oprimida,  
y ellos son mi juventud.

Vete y encomienda a Dios  
ese suceso.

DINA. Yo sé

que por mi culpa no fue;  
mas tengámosla los dos,  
y a los dos quita la vida,  
pues que tú dices, señor,  
que soy culpada en tu honor,  
por donde soy la ofendida.

¡Qué jüez tú para ser  
contra amor, siendo el amante  
más verdadero y constante  
que tuvo amor a mujer!

¡A qué buen tribunal lleigo  
que castigue como debe,  
si aún no te ha muerto la nieve  
de tantas canas el fuego!

Que mientras de aquel cruel  
te estuve el caso informando,  
estarías tú pensando  
los amores de Raquel.

Por fuerza tendrá blandura  
juez, supuesto que honrado,  
a quien tanto han sobornado  
el amor y la hermosura.

Pero no sé cómo agora  
no culpas más sus engaños,  
si esperaste siete años  
lo que Siquen solo un hora.

Culpas el ver en mujer  
digno de justo castigo,  
y los siete años que digo  
te sustentaste de ver;

que no importa, hermanos tengo:  
yo sé que me vengarán.

JACOB. Yo sé que ellos te dirán  
cuán cuerdamente me vengo,  
si con ellos me aconsejo.

DINA. Padre, yo estoy deshonrada:  
donde ha de cortar la espada  
no es necesario el consejo.

Vase.

JACOB. Mal sabes, Dina, el valor  
que con las canas no ves;  
mas va con más cuerdos pies  
a dar remedio al honor.

Que aunque te parezca helada  
la sangre de aquestas venas,  
el honor de que están llenas  
tiene hasta el alma abrasada.

No soy yo jüez tan ciego  
por lo que supe de amor;  
que también es el honor  
de la calidad del fuego.

Pero bajó la prudencia  
y en el llanto halló templanza,  
poniendo en Dios la esperanza  
y en las canas la paciencia.

Que los que son hombres sabios,  
adonde el poder se atreve,  
en las canas hallan nieve  
para templar los agravios.

Amé a Raquel, es verdad,  
y tú naciste de Lía;  
mas no puede sangre mía  
estar sin mi voluntad.

Que la que tienes de mí  
así divide la afrenta,  
que el honor corre a mi cuenta,  
y la desdicha por ti.

¡Zelfa!

ZELFA. ¡Señor!

JACOB. Llama luego  
un pastor.

ZELFA. Aquí está Bato.

¡Bato, señor llama!

JACOB.                                ¡Ingrato  
fue Siquen! ¡Amor es ciego!

Salga BATO.

BATO.    ¿Qué mandas?

JACOB.                                Parte al ganado  
y llama a mis hijos.

BATO.                                Voy.

JACOB. Pues diles, Bato, que estoy  
con mucha pena y cuidado;  
que vengan a verme luego.

BATO.    ¿Todos?

JACOB.                                Todos, o los más.  
Vase.

BATO.    ¿Qué es esto?

ZELFA.                                Allá lo sabrás.

BATO. Que me lo digas te ruego.

ZELFA.    Eso no lo has de saber.

BATO. No lo haces tú por callar;  
que por hacerme pesar  
aun dejas de ser mujer.

ZELFA.    Bato, aquí regañarás.

BATO. Antes tú vas regañando,  
porque solo estar callando  
es lo que me aflige más.

ZELFA.    Ya te lo quiero contar  
por solo hacerte placer.

BATO. Pues no lo quiero saber  
por solo hacerte pesar.

Vanse.

Salen EMOR, SIQUEN y ALFEO.

EMOR.    Si la desigualdad no consideras,  
considera, Siquen, que ha de cansarte  
la posesión de la beldad que esperas.

SIQUEN. Señor, solo esto vengo a suplicarte.

EMOR.    ¿Cómo es posible que casarte quieras  
con una advenediza, si casarte  
intento en Dothain con quien te iguala,  
fénix del Asia en hermosura y gala?

SIQUEN.    Bien dices que es advenediza Dina,  
pues que vino del cielo a nuestra tierra;  
haz nuestra tierra de su cielo digna,  
pues ves las partes que Jacob encierra:  
más que sangre real es ser divina;  
sin esto, al ejercicio de la guerra  
sale esta gente del ganado, cuando  
se ofrece que la muestren peleando.

Jacob es rico: no te enfade el trato:

todos los de su casa son pastores:  
su hermano es Esaú, digno retrato  
en las armas que honraron sus mayores;  
mas ¿para qué sus méritos dilato?  
Yo estoy mortal; si he de vivir, no ignores  
que solo puede ser Dina remedio.  
EMOR. Del tuyo y de mi amor estoy en medio;  
pero acudiendo al tuyo como padre,  
voy a hablar a Jacob.

SIQUEN. Dame mil veces  
esos reales pies.

EMOR. Aquí me espera.  
Vase.

SIQUEN. Tú solo hacer podrás que viva o muera.

ALFEO. En fin, ¿te casas?

SIQUEN. ¿Qué he de hacer, Alfeo?

¿Cuál otro bien espera el alma mía?  
¿Qué riqueza mayor? ¿Qué altiva esposa  
como esta bella pastorcilla hermosa?

Vengan de Egipto bárbaros camellos  
cargados de oro en dote, y del asirio  
armados elefantes en defensa;  
vengan carros del persa con las telas  
distintas en colores y labores;  
vengan naves de Tiro con sus granas.  
y cada cual con diferente rostro  
belleza ofrezca a un príncipe que tiene  
fama en el Asia; que armas y tesoros  
no son riqueza ni ocasión dichosa,  
como esta bella pastorcilla hermosa.

ALFEO. Amor, que en las pasiones de los hombres  
tiene primer lugar, nació de madre  
cuyo principio fue del mar la espuma;  
esto quiso decir, que de la suerte  
que se deshace con pequeña causa,  
así el amor, y así del tuyo espero.

SIQUEN. Y yo que dejaré de ser primero.

ALFEO. Eso parece siempre a los que aman,  
en tanto que el furor el alma oprime.

SIQUEN. Primero, hermosa Dina, que olvidarte,  
pueda Siquen la máquina celeste  
oprimir a la tierra desatada  
de aquellos Polos donde firme estriba;  
será posible que la fama viva  
segura de la envidia y la ignorancia,  
y harán paz la humildad y la arrogancia.

ALFEO. Yo espero verte de contrario intento.

SIQUEN. Eso fuera en un bien no conocido,  
donde, por opinión de los discretos,  
desenamoran, vistos, los defetos.

Alfeo, Dina es bella, y toda en todo:  
no puede suceder causa ni modo  
como la olvide, ni ha de ser más fuerte  
que la firmeza de mi amor, la muerte.

ALFEO. La abundancia del bien enfadar suele,  
y desta hay grande copia en los casados.

SIQUEN. No es defeto del bien el abundancia,  
sino del que por serlo no lo estima;  
ven a saber lo que Jacob responde.

ALFEO. ¿Quién duda, que se tenga por dichoso?

SIQUEN. Con tanta fuerza aqueste bien deseo,  
que indigno mi valor de Dina veo.

Vanse.

Salgan EMOR y JACOB.

JACOB. Sin mis hijos yo no puedo  
dar mi hija al tuyo.

EMOR. Advierte  
que está su vida o su muerte  
en la dilación.

JACOB. Ya quedo  
bastantemente advertido.

EMOR. Bien echas, Jacob, de ver  
que si es Dina su mujer,  
queda tu honor defendido.

JACOB. Todo lo conozco y veo,  
y estimando tu valor,  
digo que es muy justo, Emor,  
y que dársela deseo:

presto del campo vendrán  
mis hijos; al tuyo di  
que pienso, si hay fuerza en mí,  
que lo que quiero querrán.

Que tenga su amor templanza,  
pues en más fuerte ocasión  
no fió la posesión  
del gusto de la esperanza.

EMOR. Con esto contento voy.

Vase.

JACOB. No lo podré yo quedar  
hasta ver si remediar  
puedo la pena en que estoy.

Grande mi desdicha ha sido:  
¡Oh! Nunca a Siquen viniera;  
pero ¿qué pena me altera

si él quiere ser su marido?

Mis hijos llegaron ya:  
estos los mayores son.

RUBÉN, SIMEÓN, LEVÍ, ISACAR, DAN, NEPTALÍN y los que más pudieren.

RUBÉN. Con tu buena bendición  
aquí tu familia está.

JACOB. La del Dios que en sueños vi  
en la escala de Betel,  
y que me llamó Israel  
cuando luchando le vi,  
hijos, os alcance a todos.

LEVÍ. ¿Qué es lo que quieres, señor,  
que nos ha dado temor  
llamarnos por tales modos?

¿Qué junta es esta?

JACOB. Advertid,  
hijos de Jacob...

SIMEÓN. ¿Qué es esto?

LEVÍ. La causa refiere presto.

JACOB. La causa propongo, oíd:

De Siria, y de la parte que se llama  
Mesopotamia, patria a vuestro abuelo  
Labán, venimos, hijos, por la fama,  
a vivir de Siquen el fértil suelo.  
No ha sido engaño, pues su sitio enrama  
de tantas plantas y árboles el cielo,  
y le viste de fuentes tan hermosas,  
que al cano invierno lo coronan rosas.

Pastos tienen aquí vuestros ganados:  
fundamos nuestras tiendas de colores,  
y sus cabañas en amenos prados,  
de robles y tarayes los pastores.  
Finalmente, con gusto aposentados  
y de ajena ciudad habitantes,  
más envidiados que envidiosos fuimos:  
desdicha por ventura en que nacimos.

Y como firme en un alegre estado  
pueda permanecer ninguna cosa,  
de doce hijos que de Dios me ha dado  
la mano, siempre en mi favor piadosa,  
Dina, mujer (que siempre fue cuidado  
del hombre la mujer, o fea o hermosa),  
salió a ver de Siquen las damas bellas,  
más por curiosidad que envidia dellas.  
Viola el hijo de Emor, y enamorado  
de la belleza suya ¡nunca Dina  
fuera tan bella! necio y confiado

en el poder une a tanto mal inclina,  
pospuesto el miedo, el ánimo turbado  
de la apariencia del placer, camina  
con ella a su palacio, como el lobo  
feroz y alegre del sangriento robo.

Resistióse la tímida doncella  
como en la presa del azor tirano  
la tierna alondra, cuando hambriento en ella  
tiñe las uñas de la corva mano.

Lloró, gimió, bañó la honesta y bella  
cara del llanto que intentaba en vano  
piedad, que los deleites atrevidos  
convirtieron en piedra los oídos.

Mas ¿para qué dilato con rodeos  
mi desdicha fatal, hijos queridos?  
Forzó a Dina Siquen, y sus deseos;  
no hallaron fin, ni están arrepentidos:  
gran novedad de los delitos feos,  
quedar después más vivos y atrevidos:  
pídela por mujer: o amor, o miedo:  
con que en efeto satisfecho quedo.

No se la prometí sin daros parte,  
que sin consejo vuestro no he querido;  
esto es hecho; en efeto industria y arte  
no pueden deshacer lo sucedido.  
Démosle a Dina, pues el reino parte,  
y queda en vuestra sangre dividido:  
que la venganza es bárbara en los sabios  
cuando tienen remedio los agravios.

LEVÍ. ¿Qué os estáis todos mirando?

Hable Rubén, que, en efeto,  
es nuestro hermano mayor.

RUBÉN. Yo, hermanos, de suerte quedo,  
que aunque estoy para venganza,  
no estoy para dar consejos.

SIMEÓN. Habla, Leví, pues de todos  
pareces el más discreto.

LEVÍ. Padre, aunque ignorante soy,  
que aquí nos dejes te ruego.

JACOB. ¿Qué es lo que queréis tratar?

LEVÍ. Después, señor, te diremos  
el acuerdo que tomamos.

JACOB. Pues como sea el acuerdo  
pacífico y conveniente  
al peligro en que nos vemos,  
yo me voy, y confiado  
en que el parecer propuesto

será a todos, como es justo,  
bien recibido y aceto.

Vase.

SIMEÓN. ¡Gran desdicha!

ISACAR. ¡Temeraria!

Pero por infamia tengo  
que se quede sin castigo.

DAN. Que no es necesario pienso,  
pues que con ella se casa.

SIMEÓN. ¿Cómo no?

RUBÉN. Mirad, os ruego  
que si tratáis de venganza,  
a nuestro padre ofendemos.

NEPTALÍN. A nuestro padre y a Dios.  
que se ha de mirar primero.

LEVÍ. ¡Oh, cobarde Neptalín!

Siempre fue tu pensamiento  
huir de Esaú, tu tío.

NEPTALÍN. Leví, a mi padre respeto,  
y sigo el voto de Dan  
y de Isacar.

LEVÍ. ¿Qué provecho

se sigue, decidme todos,  
de este infame casamiento?

¿Qué honor nos dará Siquen,  
después del daño que ha hecho,  
porque se quede con Dina,  
si mañana nos iremos

a ver nuestro abuelo Isaac,  
y él, con villano desprecio,  
la trata como a su esclava?

SIMEÓN. Hablas, Leví, como cuerdo.

Once nietos de Abraham,  
¿han de sufrir que un mancebo  
idólatra fuerce a Dina  
a sus ojos?

NEPTALÍN. Pues ¿qué haremos?

LEVÍ. Matarle.

NEPTALÍN. ¿Cómo?

LEVÍ. Escuchad:

pero deciros no quiero  
la industria, porque no deis  
parte a Jacob de mi intento;  
llamalde.

SIMEÓN. ¡Ah padre, señor!

Entre JACOB.

JACOB. Vuestra sentencia y decreto,

hijos, estuve esperando.

LEVÍ. Pues padre, el acuerdo nuestro  
es que con ella se case;  
¡mas esto con un concierto!

JACOB. Emor y su hijo vienen,  
como en la ciudad os vieron.

Salen EMOR, SIQUEN y ALFEO.

EMOR. Famosos hijos de Jacob, yo vengo  
deseoso de paces y amistades  
por el amor y voluntad que os tengo:  
el alma de Siquen, mi amado hijo,  
se ha unido al alma de la hermana vuestra  
por las tiernas razones que hoy me dijo:  
dádsela por mujer, y juntamente  
hagamos parentesco y casamiento  
de la vuestra también y nuestra gente:  
viviréis con nosotros, formaremos  
unánimes un cuerpo, un gusto, un trato;  
que las almas y haciendas os daremos.

SIQUEN. Halle yo gracia y paz en vuestros ojos;  
dadme a Dina, señores, solamente  
trocando en amistades los enojos,  
y pedidme que en dote os dé mi estado:  
pedidme hacienda, joyas y tesoros;  
que solo aqueste bien me da cuidado.

LEVÍ. No podemos, Siquen, dar nuestra hermana  
a un hombre incircunciso; que ofendemos  
la Majestad del cielo soberana:  
mas si queréis que os demos luego a Dina,  
circuncidaos a nuestra ley sujetos,  
que este primer precepto determina;  
que luego, como es justo, os la daremos,  
y seremos un pueblo, un alma, un trato;  
si no de aquí con ella nos iremos.

SIQUEN. Padre, si aqueste nombre te enternece,  
duélete de mi vida, padre mío,  
y todo cuanto piden les ofrece.

EMOR. ¿Eso dices, Siquen?

SIQUEN. Pues si mi vida  
no tiene otro remedio, por guardalla  
pensaba yo que fueras tú homicida:  
a Dina quieren ya llevarse; advierte  
que si falta un instante de mis ojos,  
con negro luto llorarás mi muerte:  
aquesta ley es la mejor del suelo:  
¿qué, dudas de acetalla? ¡Por mi vida,  
por dicha ha sido voluntad del cielo!

EMOR. Al pueblo quiero hablar: aquí me espera.

JACOB. Y yo a esperar resolución me parto.

RUBÉN. Contigo iremos.

LEVÍ. ¡Muera Siquen!

SIMEÓN. ¡Muera!

Vanse.

Queden SIQUEN y ALFEO.

SIQUEN. Mientras estoy contemplando

en estas puertas, Alfeo,

y vuelto en lince el deseo

estas ventanas mirando,

parte a saber si, movidos

de mi amor y del respeto

de mi padre, al duro efeto

de aquesta ley dan oídos:

mira si el pueblo responde

que quiere circuncidarse.

ALFEO. Mucho ha de ser sujetarse.

SIQUEN. Si él a mi amor corresponde,

no dudes que ha de estimar

más que su sangre mi vida.

ALFEO. Si por ti se circuncida,

¿con qué le puedes pagar?

Vase.

SIQUEN. Con el alma, que daré

al menor de mis vasallos:

tesoro tengo que dallos:

agradecido seré;

presto gozarán el fruto

de aqueste bien que me dan:

si reino, jamás tendrán

imposición ni tributo;

que los pueblos oprimidos,

más que de sus propias leyes

aborrecen a sus reyes

y murmuran ofendidos.

¡Ay, puertas! ¿A dónde está

mi divina labradora?

Si de mí se queja agora

o si disculpa me da;

si ha sabido que ha de ser,

aunque le pese, mi esposa,

¿qué no será rigurosa

después de ser mi mujer?

Estoy por entrar: ya tengo

licencia como marido;

mas si a Dina no la pido,

dirá que a robarla vengo.

Pero no me la ha de dar,  
y así el entrar es mejor,  
pues que ya Jacob y Emor  
nos concertaron casar.

Entro. ¡Válganme los cielos!

Póngase delante una sombra con una túnica y rostro negro, sombrero, espada, y daga  
ceñida.

¿Qué sombra es esta, o la sombra  
de mí mismo ya me asombra?

Los pies me convierte en hielos;  
¡presagios son de mi muerte  
que de mí mismo me asombre!

¿Quién eres, di? Si eres hombre,  
de lo que quieres me advierte.

¿No hablas? ¿Vienes a darme  
nuevas de mi muerte? ¿Es cierta?

¿Guardas, por dicha, esta puerta?

¿Vienes, acaso, a matarme?

¿Qué haces, puesta la mano  
en el puño de la espada?  
Era sombra, y dilatada  
se fue por el aire vano.

Sin duda que se formó  
de mi cuerpo; que la ofensa,  
en cualquiera sombra piensa  
que su castigo llegó.

La puerta, al fin, me defiende;  
prevención del cielo sabia:  
o es lo cierto que al que agravia  
su misma sombra le ofende.

Entre ALFEO.

ALFEO. Albricias me puedes dar  
si a Dina hermosa codicias.

SIQUEN. ¿Qué puedo darte en albricias  
aunque llegase a reinar?

Al mejor tiempo has llegado  
que pudo en esta ocasión  
pedir mi imaginación.

ALFEO. Parece que estás turbado:

pues no lo estés, porque debes  
a tus vasallos amor  
no visto en ningún señor.

Luego que en palabras breves

les fue a todos referida  
esta ley, por dulce suerte,  
respondieron que la muerte

fuera por ti dulce vida,  
y que a la circuncisión  
y a morir dispuestos quedan.

SIQUEN. ¿Qué tesoros hay que puedan  
pagar tanta obligación?

ALFEO. No muestras el alegría  
que yo pensé.

SIQUEN. De un espanto  
vine a entristecerme tanto.

ALFEO. ¿Cómo?

SIQUEN. De la sombra mía.

ALFEO. ¿De tu sombra?

SIQUEN. Quise entrar  
a ver a mi esposa, Alfeo,  
y mi propia sombra veo  
que no me deja llegar.

ALFEO. ¿Tu sombra? cómo podía...

SIQUEN. De mi temor fabricada,  
la vi con daga y espada.

ALFEO. Todo ha sido fantasía  
y vana imaginación:

ven donde tu padre está.

SIQUEN. Notable pena me da;  
sombra de mi muerte son.

¡Plega a Dios cine yo no acierte;  
porque bien saben los sabios  
que el cuerpo de los agravios  
hace sombras en la muerte!

Vanse y sale DINA.

DINA. No hay cosa más desdichada  
que una mujer ofendida,  
y tanto más abatida  
cuanto es más noble y honrada.

Sírvame el llanto de espada,  
aunque yo no me ofendí,  
pues causa sin culpa fui,  
y mataráme el dolor  
para que pueda el honor  
tomar venganza de mí.

¿Qué hacen mis tristes ojos  
sin deshacerme llorando?

¿O temen que descansando  
temple el alma sus enojos?

¡Lloren los muertos despojos  
del honor que estimé tanto,  
que de tenerlos me espanto!

Pero no querrá el honor,

pues no puede haber dolor  
que no le deshaga el llanto.

Muchas mujeres hicieron  
cosas mal imaginadas;  
pero quedan disculpadas  
con el amor que tuvieron.  
Por sí mismas se perdieron,  
y así fue el castigo justo,  
pero en mi inocencia injusto,  
pues ha sido en parte alguna  
delito de la fortuna  
perder el honor sin gusto.

Entre ZELFA.

ZELFA. Los males, hermosa Dina,  
sucedidos una vez,  
no han de ir todos al juez  
por ley humana y divina.

Algunos han de tener  
en la discreción consuelo:  
ya te dio remedio el cielo,  
y eres de Siquen mujer.

Tus hermanos han trazado  
que viviendo en vuestra ley  
el pueblo, el Príncipe, el Rey,  
quede el agravio olvidado.

Bien pudieras recibirme  
con diferente alegría.

DINA. No puedo yo, Zelfa mía,  
a tanto mal prevenirme.

¿Yo ser de Siquen mujer  
por ningún discreto medio?  
En tan cobarde remedio  
parte no quiero tener.

Si ellos han hecho el concierto,  
ellos le sabrán cumplir;  
que yo, con solo morir,  
de que tengo honor me advierto.

ZELFA. ¿Eso dices, y desprecias  
un reino?

DINA. Zelfa, interés  
sin amor, advierte que es,  
para mujeres muy necias  
o criadas bajamente.

Si yo aborrezco a Siquen,  
¿qué se me da que me den  
los tesoros del Oriente?

Zelfa, reinar y disgusto

no se han de compadecer:  
ni hay reino para mujer  
como marido a su gusto.

Entre BATO.

BATO. Temblando vengo. ¿Qué es esto?

¿Toda la casa alterada,  
cuando decían que Dina  
con el Príncipe se casa?

Aquí está Zelfa.

ZELFA. ¿Qué hay, Bato?

BATO. ¿Está aquí señora?

ZELFA. Calla,

y no la pidas albricias  
de las bodas concertadas.

BATO. ¿Qué albricias he de pedir,  
si todo el mundo se arma?

DINA. ¿Qué dices, Bato?

ZELFA. Señora.

Gran mal.

DINA. ¿Cómo?

ZELFA. Lo que pasa  
cuenta a Dina.

BATO. Tus hermanos,  
en una secreta cuadra  
se han armado, y juntamente  
toda la gente de casa.

Oí decir a Leví:

«Agora que esta canalla,  
porque se han circuncidado,  
todos están en las camas,  
y el dolor de las heridas  
es mayor, vamos a darlas  
en sus cuerpos y vengüemos  
la afrenta de nuestra hermana».

Cuál lleva espada y rodela,  
cuál partesana, cuál lanza;  
no dejarán vivo un hombre.

DINA. Esa sí que es digna hazaña  
de los hijos de Jacob:  
vamos, Zelfa, a las ventanas:  
haré fiesta de su muerte.

Vase.

ZELFA. Ella es injusta venganza.

BATO. Zelfa, yo quiero esconderme.

ZELFA. Gallina, ¿qué te acobardas?

BATO. ¡Si fuera cosa de hondas  
que desde lejos restallan!

Pero espadas, eso no;  
yo me voy a las tinajas  
de la harina, y me zampuzo  
mientras esta furia pasa.

Vanse.

Digan dentro todos:

LEVÍ. ¡Mueran estos infames!

SIMEÓN. ¡Mueran!

RUBÉN. ¡Mueran

en venganza de Dina, nuestra hermana!

LEVÍ. ¡No quede un hombre!

SIMEÓN. ¡Y si otros tantos fueran!

LEVÍ. ¡Muera del Rey la sucesión tirana!

Sale JACOB.

JACOB. Hijos, hijos, ¿qué importa? ¡Perseveran  
en su maldad! ¿pues esta barba cana  
no respetáis?

LEVÍ. Ya es este mucho espacio;  
camina, Simeón.

SIMEÓN. ¿Dónde?

LEVÍ. A palacio.

JACOB. Ya van a darle muerte al joven triste:  
circuncidarle hicieron con engaño;  
con el dolor ninguno se resiste:  
¡Cautela extraña! ¡Atrevimiento extraño!  
No así con viento el fuego el monte embiste,  
como se aumenta en la ciudad el daño;  
solo perdonan niños y mujeres:  
feroz eres, Leví, sangriento eres.

Dina, Lía, Raquel, juntad, os ruego,  
la familia; que importa nuestra huída.

Salgan RAQUEL, DINA Y JOSEF.

RAQUEL. Que salgan presto de Siquen te ruego,  
Jacob, y que defiendas nuestra vida,  
turbada con tu amado Josef llego.

JACOB. ¡Ah, Dina, sola tú, sola homicida  
de toda una ciudad!

DINA. Si tengo culpa.  
ya te dan mis hermanos la disculpa.

JACOB. ¡Buena disculpa haber hecho  
tan extraña alevosía  
con un inocente pueblo!

DINA. ¿Y tú no sabes la mía?

RAQUEL. Ya vienen; muestra el valor  
a que la sangre te obliga.

RUBÉN, DAN, NEPTALÍN, SIMEÓN, LEVÍ, ISACAR, con espadas y lanzas.

LEVÍ. Ya, padre, levanta al cielo,

por la deshonra oprimida,  
la cerviz en quien promete  
larga sucesión bendita,  
y danos perdón si acaso  
tanta sangre te lastima.

JACOB. Turbado habéis mi vejez,  
pues a mí y a mi familia  
habéis hecho tan odiosa.

LEVÍ. ¿Y por ventura tenía  
de ser nuestra sola hermana,  
si nuestra sangre no estimas,  
del hijo de Emor, cobarde,  
con tanta deshonra, amiga?

A su padre habemos muerto,  
y a sus hijos: mil heridas  
dado a Siquen: la ciudad  
queda en su sangre teñida.

No queda vivo ganado,  
para ejemplo, que castiga  
desta manera el agravio  
en quien la venganza olvida.

Cautivas también llevamos  
sus mujeres y sus hijas;  
que sus haciendas y casas  
todas quedan destruídas:  
ardiendo está la ciudad.

Arriba salga algún fuego.

JACOB. ¡Ay de mí! ¡No sé qué os diga,  
mas de que será milagro  
poder defender las vidas.

De Ferezca y Canaán  
saldrá. la gente ofendida  
desta crueldad, y veréis  
cómo las vidas nos quitan.

Recoged toda la gente:  
hablaré como solía

con el Señor, solo amparo  
de mis penas y desdichas.

Señor, grande es mi aflicción:

no pienso yo que sería  
mayor la que tuve cuando  
a Mesopotamia iba.

Allí en la escala te vi,  
y por ella descendían  
ángeles al suelo, humildes,  
donde yo en sueños yacía.

Mucho pasé con Labán:

librásteme de su ira;  
tú me llamaste Israel  
con esa boca divina,  
después que toda la noche  
la flaqueza humana mía  
luchó con tu fortaleza;  
que de tu sabiduría  
deben de ser Sacramentos.

Y cuando por fratricida  
tuve a mi hermano Esaú,  
con besos de paz me anima.  
¿Qué haré, divino Señor,  
si los que esta tierra habitan  
quieren salir a matar  
mi familia fugitiva?

Córrese un velo, y se vea el ÁNGEL en la silla de la invención.

ÁNGEL. Jacob.

JACOB. ¡Ay, Señor, ya escucho  
tu voz!

ÁNGEL. Levántate y guía  
tu casa al monte Betel,  
y allí por agora habita;  
haz un altar al Señor,  
que al tiempo que huyendo ibas  
de Esaú, te apareció.

JACOB. Señor, bondad infinita,  
siéntate, porque mis hijos  
de ti bendición reciban.

LEVÍ. ¡Oh Paraninfo del cielo!  
Descansa, consuela, alivia  
la pena del padre mío.

RUBÉN. Perdona, Señor, la ira  
que no supo remitir  
hoy la venganza de Dina  
a tus soberanas manos,  
en cuya piedad confía.

SIMEÓN. Danos a todos los pies.

JACOB. Tus misericordias mira.

Levántese al cielo en la invención.

ÁNGEL. Queda en paz.

JACOB. Fuese, ¿qué aguardo?

Ea, Raquel, Josef, Lía,  
hijos, alto, a caminar.

Bato salga todo lleno de harina.

NEPTALÍN. Ea, pastores, ¿qué hacéis?

BATO. Ya salen, que se dan prisa.

ISACAR. ¿Cómo vienes desta suerte?

BATO. Con el miedo que tenía,  
a la fe que me zampé  
en dos tinajas de harina.  
RUBÉN. Vaya delante el ganado.  
JACOB. Hijos, el cielo nos guía;  
no temáis.  
LEVÍ. Aquí, Senado,  
da fin el Robo de Dina.

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

